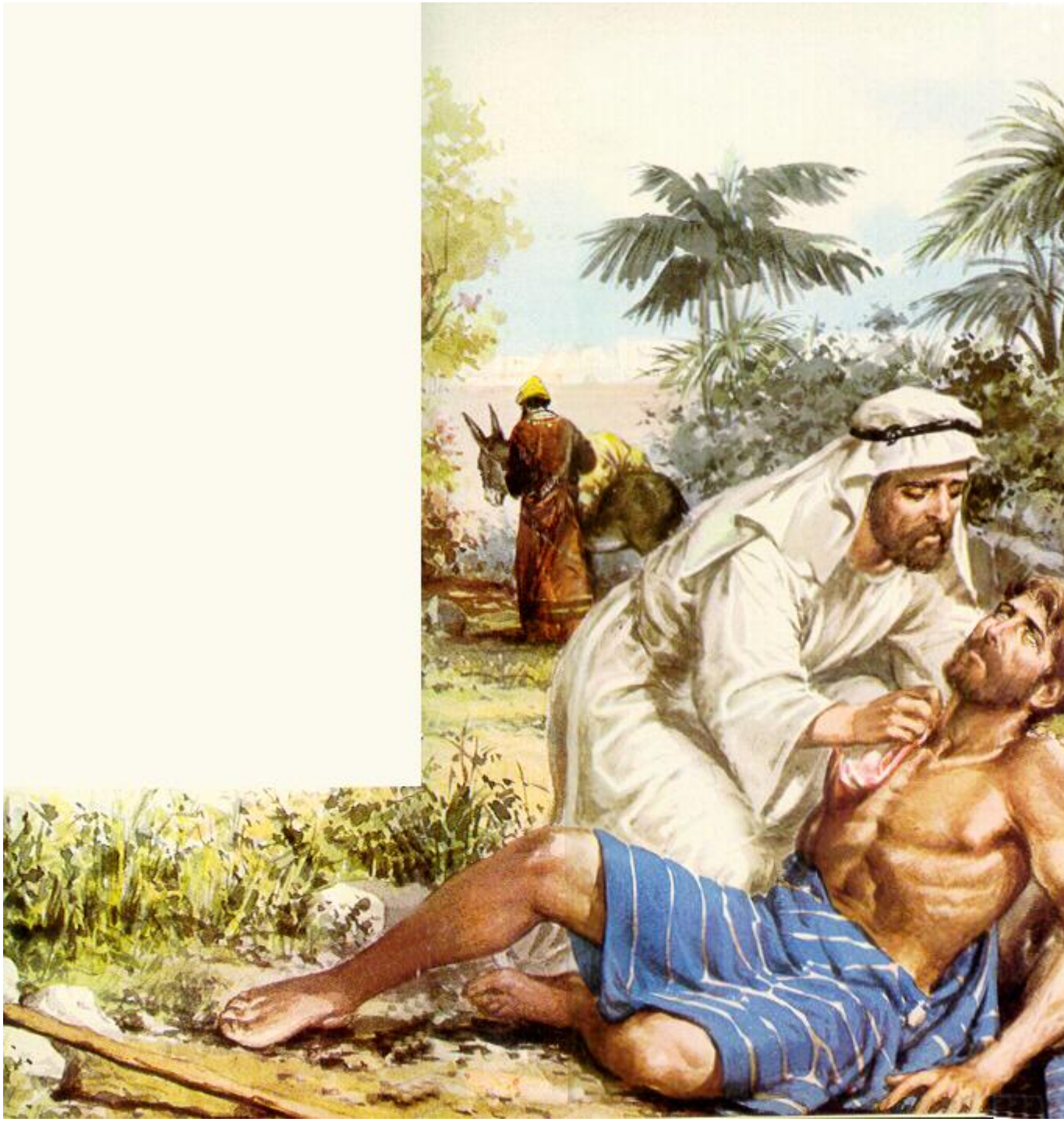
EL PAN DE TU PALABRA-9



SEPTIEMBRE 2007

INTRODUCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

Con todo afecto, Felipe Santos, Salesiano

1 septiembre 2007
Mt 25,14-30

La parábola de los siervos a quienes se le confían los talentos acentúa el contraste entre los servidores buenos y fieles y el malvado.

El reino de los cielos es un capital colocado en tus manos; no podemos dejarlo improductivo. Esta parábola nos enseña la verdadera naturaleza de la relación que debe haber entre Dios y el hombre. Es todo lo contrario de aquel temor servil que busca refugio y seguridad contra el mismo Dios con una exacta observancia de sus mandamientos.

Y lo contrario: relación de amor del que nace el valor, la generosidad y la libertad.

El siervo bueno y fiel es el que, superando el temor servil y la estrecha concepción farisaica del deber religioso, traduce el mensaje en actos

concretos, generosos y valientes. Esperar al dueño significa asumir el riesgo de la propia responsabilidad.

A los que se mueven en el amor y asumen el riesgo de la decisión, se abren perspectivas siempre nuevas. Quien por el contrario se queda inerte y temeroso (v.25) deviene estéril y se le quitará lo que tiene. (v.29).

No basta no hacer nada malo, es necesario hacer positivamente todo el bien posible.

La parábola suscita el problema de la recompensa. Para comprender este tema no es necesario olvidar la relación de esclavo-dueño en la sociedad antigua, la paga aparece como una recompensa de gracias. El dueño no está obligado a pagar nada a su esclavo porque es suyo y por tanto es suya y debida a toda actividad del esclavo.

La llamada se dirige a la comunidad cristiana que vive en el tiempo entre Pascua y la parusía. Es el tiempo en el cual' la comunidad está al servicio de Jesús y esto quiere decir concretamente al servicio del hombre.

La parálisis obra de en el tercer esclavo es provocada por el miedo en las confrontaciones de su dueño. El cristiano verdadero conoce a Dios como amor infinito y esto lo lleva a actuar con entusiasmo y dedicación.

Leemos en la 1ª carta de Juan:! Por esto el amo ha puesto en nosotros la perfección, porque tenemos confianza en el día del juicio… En el amor no hay temor, al contrario, el amor perfecto acaba con el temor, porque el temor supone un

castigo y quien teme no es perfecto en el amor" (4,17-18).

2 septiembre 2007

Lc 14,1.7-14

El comienzo del Evangelio de hoy nos ayuda a corregir un prejuicio muy difundido entre los cristianos. Se ha acabado por hacer de los fariseos el prototipo de todos los vicios: hipocresía, doblez, falsedad; los enemigos por antonomasia de Jesús. Con estos significados negativos, el término fariseo y el adjetivo farisaico han entrado en el vocabulario de nuestra lengua y de muchas otras. Tal idea de los fariseos no es correcta. Entre ellos había ciertamente muchos elementos que respondían a esta imagen, y es con ellos con quienes Cristo choca duramente. Pero no todos eran así. Nicodemo, que fue donde Jesús de noche y que más tarde le defendió en el Sanedrín, era un fariseo (Cf. Jn, 3,1: 7,50ss.). Fariseo era también Pablo antes de la conversión, y era ciertamente persona sincera y diligente, si bien aún mal iluminada. Fariseo era Gamaliel, quien defendió a los apóstoles ante el Sanedrín (Cf. Hch 5, 34ss.).

Las relaciones de Jesús con ellos no fueron por lo tanto sólo conflictivas. Algunos, como en nuestro caso, también le invitan a comer en su casa. Estas invitaciones por parte de fariseos son tanto más dignas de destacar en cuanto que ellos saben muy bien que no será el hecho de invitarle a su propia casa lo que impida a Jesús decir lo que piensa. También en nuestro caso Jesús aprovecha la ocasión para corregir algunas desviaciones y llevar adelante su obra de evangelización. Durante la comida, aquel sábado, Jesús ofreció dos enseñanzas importantes: una dirigida a los

invitados, otra al anfitrión.

Al señor de la casa, Jesús dice: «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos...». Así hizo él mismo, Jesús, cuando invitó al gran banquete del Reino a pobres, afligidos, mansos, hambrientos, perseguidos (las categorías de personas enumeradas en las Bienaventuranzas).

Pero es sobre lo que Jesús dice a los invitados donde querría detenerme esta vez. «Cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto...». Jesús no pretende dar consejos de buena educación. Tampoco trata de alentar el sutil cálculo de quién se pone en el último lugar, con la secreta esperanza de que el anfitrión le haga un gesto de subir más arriba. La parábola aquí puede llevar a engaño, si no se piensa de qué banquete y de qué señor está hablando Jesús.

El banquete es el más universal del Reino y el señor es Dios. En la vida, quiere decir Jesús, elige el último lugar, intenta hacer felices a los demás más que a ti mismo; sé modesto al valorar tus méritos, deja que sean los demás los que los reconozcan, no tú («nadie es buen juez en su propia causa»), y ya desde esta vida Dios te exaltará. Te exaltará en su gracia, te hará subir en la lista de sus amigos y de los verdaderos discípulos de su Hijo, que es lo único que verdaderamente cuenta.

Te exaltará también en la estima de los demás. Es un hecho sorprendente, pero cierto. No es sólo Dios quien «se inclina hacia el humilde, pero al soberbio le conoce desde lejos» (Sal 137,6); el hombre hace lo mismo, independientemente del hecho de que sea más o menos creyente. La modestia, cuando es sincera y no afectada, conquista, hace a la persona amada, su compañía deseada, su opinión apreciada. La verdadera

gloria huye de quien la persigue y persigue a quien la huye.

Vivimos en una sociedad que tiene necesidad extrema de volver a escuchar este mensaje evangélico sobre la humildad. Correr a ocupar los primeros puestos, tal vez pasando, sin escrúpulos, sobre las cabezas de los demás, el arribismo y la competitividad exasperada, son características por todos suplicadas y por todos, lamentablemente, seguidas. El Evangelio tiene un impacto sobre lo social, hasta cuando habla de humildad y modestia.

3 septiembre 2007

Lc 4,16-30

. **COMENTARIO**

El Espíritu del Señor esta sobre mi, el me ha ungido, .. Significa, que sin el Espíritu del Señor es imposible predicar el verdadero Evangelio, pues solo el poder del Espíritu hace que las personas humilde lo entiendan y reciban la gracia de Dios.

Todos quedaban maravillados, pero no querían aceptar lo que Jesús decía, tan solo por ser una persona de condición humilde, sin cargos ni titulo, lo mismo sucede hoy en día, la gente cree a los que vienen precedido de fama de gran predicador por su gran oratoria y teorías evangélicas, sin saber que estas personas actúan contrariamente de la forma en que lo hizo Jesús y sus apóstoles, tal como lo dice Pablo apóstol.

Al parecer , nos resulta vergonzoso admitir a unos de nosotros, que hable con toda la fuerza y sencillez de la verdad, sin retórica ni teorías ampulosas, nos resulta hasta humillante, ¿ será por nuestra condición de soberbios ?

En tiempos del profeta Elías hubo una gran sequía y la hambruna azolaba a todo Israel, sin embargo, Dios no les tuvo compasión a sus viudas, ya que esta sequía, provenía por causa de la soberbia y falta de solidaridad de pueblo de Dios, en cambio Dios se apiado de una mujer pagana viuda de Sarepta de Sidon, y en Tiempos del profeta Eliseo, y por la misma causa, había mucha lepra en Israel, y Dios no se apiado de ellos, ... pero si lo hizo con Naaman el Sirio, un hombre pagano, Jefe del ejercito de los Sirios enemigos de Israel, ¿ por que ? - por que tanto la viuda de sarepta como Naaman el Sirio, eran personas misericordiosas, .. Como dice Jesús, ""Vale mas la misericordia que todas las ofrendas""

4 septiembre 2007

Un amigo mío llegó de Perú, donde había estado de misionero durante el verano. Me contó que esa experiencia le había enriquecido mucho, no tanto por lo que había dado -sus catequesis y actividades con los jóvenes de Huamachuco- sino por lo que había recibido.

Jesús se nos presenta también como catequista. Dice el evangelio que bajó a Cafarnaún donde enseñaba los sábados en la sinagoga. ¿Y cómo daba Jesús sus catequesis? Ante todo, con autoridad, es decir, con credibilidad, porque no llenaba sus predicaciones con palabrería, sino con verdad, con el Espíritu de Dios que es capaz de transformar los corazones.

Por tanto, dar catequesis es una actividad propia del cristiano. Consiste en iluminar las virtudes cristianas con ejemplos, acercar a otros a los sacramentos...

Mi amigo tenía veinte años. Y descubrió que al enseñar a otros estaba fortaleciendo su propia fe y aumentaba en él la pasión por Cristo y el Evangelio. Porque el que predica, se predica a sí mismo. El que habla del perdón queda más comprometido a perdonar, y el que exige debe hacerlo con el propio testimonio.

La experiencia de Perú hizo a mi amigo más cristiano, porque supo meterse en el papel de Cristo y llegó a quedar transformado por Él.

5 septiembre 2007
Lc 4,38-44

“Al llegar Jesús a la casa de Pedro, se encontró a la suegra de éste acostada con fiebre! (Mt 8,14)

Si Dios todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas las criaturas, ¿por qué existe el mal? A este pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como majestuosa no se puede dar una respuesta simple.

El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar.

No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.

¿Por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf.S. Tomás de Aquino., s. Teológica I,25,6).

Sin embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo, En estado de vía" hacia su perfección última.

Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también el mal físico, mientras que la creación no haya alcanzado su perfección (cf. S. Tomás de Aquino S.Gent 3,71

6 septiembre 2007

Lc 5,1-11

Lucas agrupa en este pasaje tres acontecimientos distintos, sacrificando un orden cronológico en aras de un orden pedagógico.

La predicación de Jesús, el milagro de la pesca y la decisión de abandonarlo todo para seguir al Maestro, marcan tres momentos psicológicos en el proceso de la vocación de los apóstoles. La "señal" o el milagro refuerza las palabras de Jesús y aumenta su credibilidad ante los que van a ser sus discípulos en adelante.

La invitación a internarse en alta mar conlleva el riesgo a afrontar los temporales tan frecuentes como inesperados en el lago de Tiberiades o de Genesaret. Toda la tradición exegética se ha recreado glosando este pasaje, interpretando la barca de Pedro como figura de la iglesia de Cristo. En este sentido resultan sugerentes las palabras de Jesús: "Rema mar adentro y echa las redes para pescar". El riesgo de la pesca de altura, en medio del temporal, viene compensado por la abundancia de la pesca. Así le ocurre a la iglesia cuando anuncia el evangelio donde están los conflictos, cuando lleva la palabra de Dios a los problemas concretos y no se queda en vaguedades y en abstracciones que no significan nada y no comprometen a nadie.

Pedro conocía bien su oficio, sabía que la noche y no el mediodía era el tiempo propicio para la pesca. Con todo se fia más de la palabra del Maestro que de su propia experiencia.

Dios se manifiesta en un prodigio inesperado. Ante este milagro Pedro, lo mismo que Isaías ante la revelación de Dios, se siente sobrecogido y descubre su propia indignidad. Lucas hace notar que los compañeros de Pedro participan de los mismos sentimientos de temor y de asombro ante el milagro. Pero las palabras de Jesús confortan a Pedro y le capacitan para la misión que ha de recibir. Pedro y sus compañeros, seguros en el que los envía, podrán aceptar responsablemente la vocación de ser en adelante "pescadores de hombres". Esto no debe entenderse en un sentido proselitista, de "echar el gancho" o de servirse de tretas para que la gente "pique". Echar las redes tiene aquí el sentido de sembrar o de anunciar generosamente la palabra de Dios, confiando en la virtud de esta palabra y en Dios que es el que da el incremento y la cosecha.

7 septiembre 2007

Lc 5,33-39

Todos deseamos momentos para estar con las personas o la persona que nos cae bien, que estimamos, que amamos. Entre amigos, el novio con la novia o entre esposos. Y cuando alguien viene a arrebatarnos esos momentos más los anhelamos y más deseamos que vengan.

A los apóstoles les sucede algo semejante en este evangelio porque los fariseos, no sabiendo ya por donde fastidiar, pretenden hacer ver a Jesús que los suyos no se comportan como los discípulos de Juan que ayunan y rezan mucho. Pero perfectamente podríamos haberles dicho a los fariseos aquella frase de san Agustín que dice: “teme a la gracia de Dios que pasa y no vuelve”. Y los apóstoles preferían disfrutar de la compañía del Mesías que ayunar y estar lejos de Él. O también les podríamos haber respondido con la misma frase que Jesús le dijo a la mujer de Betania: “Marta, Marta muchas cosas te preocupan pero una sola es importante y María ha elegido la mejor”, que fue la de sentarse a sus pies.

He aquí por tanto la clave de este evangelio, la presencia de Cristo en nuestra vida. De qué nos sirve ayunar, rezar mucho, hacer penitencia si a la hora de la hora no acompañamos a Cristo donde realmente está que es en la Eucaristía.

Estaríamos ayunando y rezando por deporte. Por

ello, si hasta ahora nuestros rezos o ayunos son sin una presencia de Cristo dominical o más frecuente pensemos que estamos desaprovechando la verdadera gracia de Dios para nuestra alma, que es la de estar cerca de Él.

8 septiembre 2007

Mt 1,1-23

Aquí se pretende llenar un vacío que resulta muy incómodo ya que Juan nunca habló del nacimiento virginal. El Papa da por supuesto que el Prólogo del evangelio de Juan lo escribió el propio evangelista, si lo leemos detenidamente nos damos cuenta que no fue así, es más, existen serias dudas que el evangelio que se le atribuye sea de él. El último capítulo es apócrifo y el lenguaje que utiliza en su redacción no es el de un humilde aldeano galileo semi- analfabeta. Seguramente el autor del evangelio de Juan fue un judío helenizante que vivía fuera de Judea, uno de esos que seguían la línea de Pablo; da muestras de conocer bien la cultura y la lengua griega – en este idioma fueron escritos los evangelios – Su evangelio está escrito a la manera de los Diálogos de Platón y su helenismo queda en evidencia cuando incorpora a la doctrina cristiana elementos de la Nueva Academia platónica, tendencia que culminará con san Agustín.

Además el texto no está escrito en singular, esta escrito en plural, y se refiere, no a Cristo, sino a

los nuevos conversos. Seré mas explicito al citar tres versículos arriba de los que nos ofrece Su Santidad y que bien cuidó omitir: *“Estaba (Jesús) en el mundo, y por el fue hecho el mundo, pero el mundo no lo conoció. Vino a los suyos (los judíos) pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos le recibieron, les dio poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre;* ***que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios, son nacidos”.***

Lo que quiere decir el autor del Prólogo, es que los que han abrazado la fe, no lo hacen por filiación de sangre, por ser judíos, ni por la voluntad de los hombres, sino por la gracia de Dios han sido renacidos a una nueva vida. El texto está muy de acuerdo con la línea paulina y evidentemente no hace alusión alguna a la virginidad de María. La idea es la misma que constantemente nos reitera Pablo: él no recibió el mensaje divino de los hombres (los apóstoles), ni de la sangre por ser judío, sino de Dios mismo en la visión de Damasco.

Comparece el texto que nos ofrece el Papa y el original que aparecen con negritas y se verá que la cita del Papa está seriamente manipulada y no obedece ni al espíritu ni a la letra del prólogo.

Pablo jamás habló de la virginidad de María; sin embargo la catequesis quiere hacer de él un virginalista. Dice el Papa: *“La afirmación paradójica de Pablo: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (…), para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Ga 4,4-5), abre el camino al interrogante sobre*

la personalidad de ese Hijo y, por tanto, sobre su nacimiento virginal."

9 septiembre 2007
Lc 14,25-33

Caminaban con El grandes muchedumbres, y, vuelto a ellas, les dijo: ***"Si uno viene a Mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Quien no carga con su cruz y se viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo".***

Cuando uno se llega a Cristo montado en el caballo de su imaginación y de sus sentimientos, se encuentra de frente con un Crucificado que le clava sus divinos ojos en el alma, y entonces el que, en virtud de estas "positivas vibraciones sentimentales", vino al encuentro del Maestro, se volvió despavorido, horrorizado, y a galope tendido desanduvo el camino andado. Estos, difícilmente, volverán a encontrarse con Jesús.
Con el Hijo de Dios caminaban multitud de personas, grandes muchedumbres, dice nuestro amigo San Lucas. Dios hace un alto en este su caminar terreno, se vuelve a esta multitud de hombres y mujeres y reclamando su atención les manifiesta con rotundidad divina las inauditas condiciones que exige para ser discípulo Suyo, para seguirle. Pone el listón altísimo, tanto que para superarlo se ha de llegar hasta la suprema determinación de elegirle a El antes que a los seres más queridos si en esta encrucijada nos pusiera su Providencia. ¿Esto es posible?, ¿se puede asumir?, ¿qué debo entender?, ¿acaso se puede aborrecer a un padre, a una madre, a una mujer, a unos hijos? Esto debo entenderlo con una buena dosis de

sentido común porque Jesús no es un tirano que demande a su discípulo cosas imposibles. Cristo es el que lleva la iniciativa cuando requiere el amor del corazón de un hombre o de una mujer. Cuando llama a la puerta del alma no repara en tu estado pero tampoco te saca de él. Si respondes, no cambias de vida pero sí de filosofía, todos tus actos comienzan a tener trascendencia divina, tu norte se desplaza fuera de este mundo.

"Si alguno me amare, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos y en él haremos mansión". Así como suena, amar a Cristo supone ser amado a su vez por el Padre, que con el Hijo se digna habitar en la persona que responde, con toda su alma, a la súplica de un Amado que no merezco y sin embargo lo tengo, permanentemente, a la puerta de mi espíritu esperando, con paciencia divina, ser aceptado como el más sublime amor que se puede soñar, un amor que no tiene medida ni referencia.

Aceptar a Jesucristo, que se llega, **apasionado,** para recibir lo que desde la eternidad te ha demandado y tú, a su vez, en supremo abandono, le entregas, supone un fulminante cambio de vida que trastoca la escala de valores con la cual consumabas tus actos al dictado de tu voluntad inspirada por un entendimiento que ahora discierne a lo divino, porque Personas divinas que en ti permanecen, con absoluto respeto a tu libertad soberana, te predisponen hacia una nueva actitud de perfección que te transciende, un cambio que tú mismo percibes y así mismo perciben los demás.

Jesús se ha dado a Sí mismo, en toda su plenitud humana y divina a todos y cada uno de los hombres y de las mujeres que vengan a ser en este mundo, sin embargo se escoge a poquísimos amantes con los que tiene una predilección singular. Amiga lectora, amigo lector, el Dios hecho Hombre se te puede hacer presente en un dulce sobresalto que de manera inesperada se hace realidad en

tu pequeño vivir sea cual sea tu condición y estado. El Corazón de Cristo, un Corazón de Hombre, puede venir a tu encuentro donde menos y cuando menos lo esperabas. Te puede ofrecer el amor más grande que puedas soñar en tu juventud, en tu madurez o en tu ancianidad, puedes percibir en lo más íntimo de tu yo el susurro de Alguien que te habita el alma y que a su vez te demanda un afecto inmenso, un amor que no tiene precio.

Amiga lectora, amigo lector, a la hora de la verdad, cuando te dispones a cruzar a la otra orilla, en esta se quedan todos tus amores. Te seguirán amando, pero el tiempo hará de tu memoria un plácido recuerdo que terminará extinguiéndose con los años. Nadie de los que tanto has amado en este mundo te acompañará. Ya has puesto el pie en la barca y de pronto te sorprendes al comprobar que no vas solo. Fijas la atención sobre Alguien que no es ajeno a tu espíritu, Alguien que está a tu lado, que conoces porque le amaste sin verlo y cuando ya fijas tu atención se hace meridiana su figura, es ese **"Amado mío"** con el que tantas veces le has respondido a sus infinitas demandas de amor, es el Cristo que tanto te exigió porque tanto te dio.

Las inauditas palabras de Cristo no están lejos de la realidad, pues no es difícil constatar cómo responden algunos padres a la incipiente vocación de una joven o de un joven a la vida religiosa, a la vida sacerdotal que supone el trastoque de un futuro predeterminado por unos padres, por supuesto muy respetables, pero que hacen padecer a una hija, a un hijo en situación de asumir las inauditas palabras de Cristo. Esto es la inexplicable contradicción de los buenos, porque casi todos los padres son buenos.

Con referencia al padre o a la madre que tiene que dar rotundo testimonio de su Fe, ahora, en esta sociedad occidental, la que se dice cristiana, son de evidente actualidad las exigentes palabras de Cristo, palabras que un padre cristiano tiene que asumir a la hora de suplicarle a

su hija o a su hijo que no se case en un ayuntamiento, en un juzgado, que no se case con un divorciado, con un separado..etc… Qué difícil resulta para un padre no acompañar a su hija o a su hijo en un acto de este tipo, un acto en el que Dios no está. Esto es lo que le pide Cristo. ¿Quién comprenderá a este padre, a esta madre?

No hay hombre o mujer que pase por este mundo sin una cruz, cruz que es solamente suya, la que Dios le ha designado. Es una cruz que cada cual llevamos por un caminito personal e irrepetible, un camino por el cual nadie ha caminado, ni nadie, después de mi, caminará. La cruz tiene una dimensión determinada con independencia de nuestras creencias, pero sin Fe la cruz pesa más y además no se rentabiliza. Con ella a cuestas llego a las puertas del Paraíso o a las puertas del Infierno, depende de mi actitud ante este inevitable peso. Si con mi cruz no voy tras de Cristo no puedo ser su discípulo. Sin Amor, sin Fe y sin Esperanza el abrazo con la cruz es desesperación. Si cuando la cruz pesa más, si cuando más siento la profunda depresión del sufrimiento insufrible, soy capaz de alzar la vista hacia mi Dios Crucificado para pedir compasión de Quien a su vez compasión me pide, comprobaré que mi cruz y la de Jesús son la misma Cruz y desde esa Cruz mis sentimientos serán los de Cristo y sus palabras las mías: ***“Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”.***

10 septiembre 2007

Lc 6,6-11

En la Biblia el ojo indica la inteligencia, el corazón la voluntad,, la mano la acción. Al curar la enferma del hombre, Jesús le da la capacidad de hacer nuevamente el bien. Comentando este relato san Ambrosio escribe: "El Señor impregna de saludable fruto de buenas obras...". Con este

milagro el hombre se restituye a su capacidad originaria de continuar la obra de Dios. En el encuentro con Jesús somos curados del mal para hacer el bien

Jesús ante un enfermo no puede ser indiferente, sino que recurre a todos sus poderes para socorrerlo y curarlo. El principio que guía a Jesús es la ley de la caridad que es superior a cualquier otra ley, también a la del sábado. Según lo que Jesús nos ha enseñado, "el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2,27) y por tanto el sábado es para el bien del hombre porque lo acerca a Dios y a los hermanos. Por tanto, no sólo Jesús no trasgrede el sábado, sino que es el único que lo observa a ala perfección, porque hace el bien. Sus adversarios, por el contrario, no observan el sábado porque no hacen el bien y, si les fuera posible, impedirían también a Jesús cumplirlo.

En el centro de la vida, de la historia, de la religión y de todo lo que Jesús pone en el hombre, no la ley; el hombre enfermo, el marginado porque no satisface nuestro egoísmo, nos llama al amor nuestro algo raquítico. Cada día de la vida, incluido el domingo cristiano, es querido por Dios para el bien del hombre. No hacer el bien es malo, es un pecado de omisión. La carta de Santiago no deja dudas:" Quien sabe hacer el bien y no lo realiza, comete pecado" (4,17).

11 septiembre 2007
Lc 6,12-19

Jesús ha cumplido su primera manifestación, ha tenido su primer encuentro con el pueblo y la autoridades religiosas del país; ahora ha necesitado de una larga noche de reflexión, de iglesia y de contacto con el Padre.

La obra que ha hecho está destinada a sobrevivir en el tiempo, por esto él debe elegir de los hombres que participan de su causa y la llevan ante los siglos. Según el evangelio de Lucas, la Iglesia y su organización esencial provienen directamente de Cristo.

Jesús sale al monte para hallar en el encuentro con el Padre la claridad necesaria para elegir los doce apóstoles. El número doce reclama el de los patriarcas del Antiguo Testamento. Se delinea así el nacimiento del nuevo pueblo de Dios.

La oración está en el origen de cada elección y acción apostólica de Jesús y de la Iglesia. El día de la Iglesia nade de la noche que Jesús pasa en comunión con el Padre Lo que no quiere absolutamente decir que las elecciones que el Padre y el Hijo hacen, llamando a los doce y a otros después de largos siglos, serán los mejores según la lógica humana. La estructura de la Iglesia, desde el inicio, es estar siempre abierta a la traición y el rechazo del Señor. Pedro y Judas son las figuras emblemáticas. Y todo esto no algo imprevisto, sino que es una realidad que forma parte del proyecto de salvación.

El motivo que lanza la gente a Jesús es la necesidad de escuchar la palabra de Dios y se curada. Como la palabra de la serpiente llevó el

mal y la muerte (cfr Gen 3), así la palabra de Dios cura del mal y da la vida. Hay de hecho una estrecha conexión entre la escucha de la palabra de Dios y la curación, como entre la desobediencia a la palabra de Dios y la muerte (cfr Dt 11,26-32). "El pecado ha entrado en el mundo y con el pecado la muerte" (Rm 5,12) porque el hombre ha escuchado a la serpiente. El hombre deviene lo que escucha. Si escucha a Dios deviene hijo de Dios, si escucha al demonio deviene hijo del diablo.

Como la gente de entonces, también nosotros podemos tocar y experimentar el poder de Jesús si escuchamos su palabra. La palabra de Dios “es poder de Dios para la salvación de quien cree" (Rm 1,16). De hecho “le ha agradado a Dios salvar a los creyentes con la predicación" (1Cor 1,21).

12 septiembre 2007

Lc 6,20-26

Con la venida del Mesías, 'se da vuelta la tortilla': ¡Felices ustedes, los pobres! ¡Pobres de ustedes, los ricos!

Después de una noche entera de oración, Jesús elige a los doce apóstoles

Relator - Jesús subió a un cerro a rezar, y pasó toda la noche rezando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a los discípulos, eligió a doce, y los llamó apóstoles. Después bajó con ellos y se quedó en un lugar llano. Ahí estaban muchos de sus discípulos y además había mucha gente que había venido de toda la [región de] Judea y Jerusalén; y también [del norte,]de la costa [libanesa,] de Tiro y Sidón.

Jesús mira a los discípulos de su tiempo, y les habla a los discípulos de todos los tiempos

Relator - Entonces Jesús, mirando a sus discípulos, les dijo:

Aunque parezca absurdo: felices los 'muertos de hambre'..., porque llegó el Mesías

Jesús - ¡Felices ustedes, que son pobres, porque el Reino de Dios es para ustedes!
¡Felices ustedes, los que tienen hambre ahora, porque van a tener de sobra!
¡Felices ustedes, los que ahora están afligidos, porque se van a reír de gusto!:

Felices los perseguidos por Jesucristo, son verdaderos profetas

Jesús - ¡Felices ustedes, cuando la gente los odie,

cuando los echen, los insulten y los discriminen, cuando los descalifiquen como malos, por el Hijo del hombre! ¡Alégrense y pónganse contentos cuando eso pase, porque van a recibir un gran premio en el cielo, porque así maltrataban a los profetas los padres de ellos!

Aunque parezca absurdo, al venir el Mesías, "se acabó lo que se daba"

Jesús - Pero ¡Pobres de ustedes, ricos, porque [creen que] tienen su consuelo [en la plata]! ¡Pobres de ustedes, los que ahora están llenos, porque se van a morir de hambre! ¡Pobres de ustedes, los que ahora se ríen, porque van a [saber lo que es] sufrir y llorar! ¡Pobres de ustedes cuando todos los aplaudan! ¡Porque así fue como los padres de ellos trataban a los profetas falsos!

Guía para la utilización del guión con jóvenes y adultos

1•• Realizar la **dramatización**. Es un hermoso texto para dramatizar, si bien sólo hay un monólogo de Jesús las escenas son muy significativas y con varios personajes. Se puede presentar el texto en dos escenas: la primera centrada en la elección de los apóstoles (para ser fiel al texto convendría representarla con mímica mientras el relator lee), y la escena de las bienaventuranzas (atención, notar que en Lucas el relato es en el llano). Realizar la selección de los personajes (en este caso relator, Jesús, discípulos y gente) y no olvidar un par de prácticas previas. Los títulos de cada escena se pueden leer o no.

2•• Organizar a los participantes en grupos de tres o

cuatro personas. El animador introduce y **ubica** el texto. En los grupitos, **conversar** informalmente, durante cinco minutos, a partir de la pregunta:

- ¿Qué palabras/situaciones del relato me impactaron (o recuerdo) más? ¿Por qué?

3•• El animador/catequista/sacerdote que está coordinando el trabajo grupal propone estas otras consignas a los grupos:

- Entre todos los participantes del grupo reconstruir el texto (volver a contarlo, intentando recuperar todos los detalles)

- La primera escena nos habla de la elección de los apóstoles, ¿qué nos dice sobre Jesús y su manera de tomar decisiones?

- ¿A quiénes dirige Jesús sus bienaventuranzas? (releer el texto si es necesario)

- ¿Quiénes son felices en el Reino que Jesús predica? ¿Por qué estas situaciones son presentadas como causa de felicidad y sentido de la vida?

- ¿Quiénes son señalados por Jesús con la frase "Pobres de ustedes"? ¿Por qué estas situaciones son presentadas como causa de desdicha y sin sentido?

- Comparar las situaciones y personas que Jesús alaba y condena con el mundo de hoy, ¿a quiénes se considera felices y exitosos? ¿Dónde están los verdaderos valores del Reino? ¿Es fácil vivir esto? ¿Por qué?

- ¿Qué nos enseña el relato?

4•• El animador invita a **poner en común** la reflexión de

cada grupo. Centrar la reflexión en aprender que *el Reino de Jesús invierte los valores del mundo para descubrirnos el verdadero sentido de la vida*.

5•• El animador invita a cada participante a decir en voz alta algo que se haya aprendido en este relato:

- Apliquemos a nuestra vida cotidiana el mensaje del texto.

6•• El animador propone un momento de oración compartida para terminar el trabajo.

- El Reino de Jesús es de los pobres, los que lloran, los hambrientos y los perseguidos por su nombre.

- Enséñanos a vivir el espíritu de las Bienaventuranzas …

7•• Oración final.

Enséñanos a vivir el espíritu de las Bienaventuranzas.
El Reino es de los pobres
y los que se hacen pobres para seguirte, Señor.
El Reino es de los hambrientos,
y los que viven necesidades para seguirte, Señor.
El Reino es de los que lloran,

y los que sufren por seguirte, Señor.
El Reino es de los que asumen el conflicto
de vivir a fondo el Evangelio,
a pesar de las dificultades y desafíos
que significa seguir tus pasos, Señor.
- Que así sea -

Marcelo A. Murúa

Guía para la utilización del guión

1•• Realizar la dramatización.

2•• Reconstruir el relato, con los niños, a partir de las preguntas:

- ¿Qué acabamos de escuchar? ¿Qué sucede en este relato?
- El catequista/animador/sacerdote a cargo recuerda brevemente la escena de la semana anterior y la relaciona con la presente. Puede hacerlo preguntando a los niños.

3•• Centrar la reflexión en *descubrir* cuáles son las cosas importantes en el Reino de Jesús.

- ¿Qué hace Jesús antes de elegir a los apóstoles? ¿Qué nos enseña esto cuando tenemos que tomar decisiones?
- ¿A quiénes llama Jesús "Felices"? ¿Quiénes son presentados como felices y exitosos en nuestro mundo? Comparar
- ¿Por qué Jesús condena a los ricos, a los llenos, a los que ríen y a los que son aplaudidos?
- ¿Alguna vez tuviste dificultades por seguir las enseñanzas de Jesús? Compartir experiencias.
- ¿Qué aprendemos en este relato?

El animador invita a **poner en común** la reflexión de cada uno de los niños. Va animando para que hablen en voz alta, a medida que los niños comparten sus respuestas los va orientando para enseñarles que el Reino de Jesús es muy distinto a lo que propone el mundo de nuestros días.. Intentar orientar hacia propuestas concretas.

4•• El animador propone un momento de oración compartida para terminar el trabajo.

- Queremos aprender a ser tus discípulos.

- Jesús, muéstranos el camino de las Bienaventuranzas …

5•• Al terminar podemos repartir entre los niños esta pequeña oración que habremos fotocopiado previamente.

Jesús, muéstranos el camino de las Bienaventuranzas. Muéstranos cómo

vivir para los demás,
cómo hacernos pobres por amor,
cómo aprender a compartir lo que tenemos,
como sufrir por los demás,
cómo ser fieles a tus palabras.
Danos fuerzas Señor
para llevar a la práctica
todo lo que nos enseñas.
- Que así sea -

Marcelo A. Murúa

.

13 septiembre 2007
Lc 6,27-38

La parábola de Jesús describiendo la crueldad de un rico que banquetea espléndidamente

cada día, ignorando al pobre Lázaro que junto a él se muere de hambre, no es una
«exageración oriental», sino algo que está sucediendo ahora mismo en nuestro planeta. Un
puñado de países obsesionados sólo por su propio bienestar sigue su marcha abandonando a
las dos terceras partes del mundo en el hambre y la miseria más inhumana.
«Los 22 países mas ricos de la Tierra no cumplen sus promesas. La última década ha sido
una de las más prósperas que se recuerdan, pero la ayuda a los «países del hambre», lejos de
crecer, está disminuyendo. El resultado es desolador. Más de 10 millones de niños mueren
cada año por el hambre y la falta de higiene. Cerca de 149 millones están mal nutridos.
Millones de niños y niñas viven atrapados por la explotación laboral, la esclavitud y la
prostitución. Más de dos millones han muerto en los conflictos armados de esta última
década.»1
¿Cómo podemos seguir soportando por más tiempo nuestro cinismo e hipocresía? ¿Cómo
podemos seguir hablando de «progreso», de «valores democráticos», de «defensa de las
libertades»? ¿Dónde están las Iglesias? ¿Dónde los cristianos? El Mundo del Bienestar es, en
buena parte, de cultura cristiana. Los que durante siglos venimos explotando a los países más
pobres de la Tierra o abandonándolos en la miseria y desesperación somos pueblos que dicen
creer en Dios. Pero, ¿qué Dios es éste que no es capaz de sacarnos de nuestra increíble
ceguera?
No es ciertamente el Dios proclamado por Jesucristo, un Dios Padre para todos. No es lo
mismo creer en Dios o creer en un Padre que sólo quiere el bien, la dignidad y la dicha de

todos sus hijos e hijas. Los hombres se destruyen unos a otros en nombre de Dios pero nunca
podrían hacerlo en nombre de un Padre que ama a todos. Los creyentes satisfechos del
Primer Mundo hacen sus rezos a su Dios mientras niegan su solidaridad a los hambrientos de
la Tierra, pero no podrían ni por un momento dirigirse al Padre de todos sin sentirse llamados
a luchar por una vida más digna para sus hijos e hijas que mueren de hambre y miseria.

14 septiembre 2007

Jn 3,13-17

Pues nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre. Igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él.

Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

La vida eterna

Evangelio: Jn 3, 13-17 Pues nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre. Igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él.

Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

La vida eterna

15 septiembre 2007

Lc 2, 33-35

Virgen de los Dolores, memoria.

En la exhortación apostólica Marianis cultus, Pablo VI, después de destacar la presencia de la madre en el ciclo anual de los misterios del Hijo y las grandes fiestas marianas, presenta de este modo la memoria del 15 de septiembre: “Después de estas solemnidades se han de considerar, sobre todo, las celebraciones que conmemoran acontecimientos salvíficos, en los que la Virgen estuvo estrechamente vinculada al Hijo, como... la memoria de la Virgen Dolorosa (15 de septiembre), ocasión propicia para revivir

un momento decisivo de la historia de la salvación y para venerar junto con el Hijo exaltado en la cruz a la madre que comparte su dolor”.

El día después de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, la *ecclesia* celebra la compasión de aquella que se mantuvo fiel junto a la cruz. Esta memoria tiene un formulario propio (trozos bíblicos y textos eucológicos) para la celebración eucarística y partes propias para la liturgia de las horas. El contenido de la colecta nos puede ayudar a captar el significado de esta celebración: el carácter cristológico de la primer parte (la *actio gratiarum*) y el eclesilógico de la segunda (la *petitio*) colocan inmediatamente la memoria del 15 de septiembre en un horizonte de solidez teológica y de amplia visión conciliar. “Señor, tú has querido que la madre compartiera los dolores de tu Hijo al pie de la cruz”. El comienzo de la oración alaba al Padre y le da gracias, porque en la hora de la redención quiso que estuviera presente la madre de su Hijo y que participara de su obra. La referencia tan clara al evangelio de Juan (19, 25; 3,14-15; 8,28; 12,32) da a las breves frases iniciales aquella luz de resurrección que el evangelista quiso derramar en el relato de la pasión y muerte de Cristo: la cruz, además de ser instrumento de dolor, es sobre todo un trono de gloria. La madre participa de esta luz. En efecto, la liturgia del 15 de septiembre imprime un carácter de glorificación al misterio del dolor de María (aclamación al evangelio; antífona de la comunión; antífona al Ben.; antífona de vísperas y lectura breve). De esta forma se sintetizan líricamente dos grandes temas de Juan: la *exaltación* (3,14-15; 8,28; 12,32) y la hora de Jesús (7,30; 8,20; 12,20-28;

13,1; 16,13-14). La presencia de María encuentra para los dos temas su lugar debido, el lugar querido por Dios. En la colecta esta presencia se subraya por el sustantivo *mater* en relación con el *Filius:* la hora de la exaltación en la cruz de Cristo es el punto focal del tríptico “Caná-Calvario-Apocalipsis 12", en donde aparece con toda claridad el “ser madre” de la Virgen . En Caná (Jn 2,1-11) anticipó como madre la inauguración del misterio del Hijo, invitándole a realizar el primero de los “signos”: origen de la fe en los discípulos, a quienes hace reunirse junto con ella y con los hermanos en torno a Cristo (Jn 2,12). Al mismo tiempo, María hizo anticipar también con este signo, proféticamente, aquella hora que se mostró en toda su luz cuando el Hijo del hombre reinó desde el madero y derramó la salvación sobre toda la humanidad. Además, aquella hora, en la que el Hijo prescindió de su madre (Jn 2,4), la Virgen se reveló como madre de todos, como madre de la iglesia (en este sentido hay que leer la oración sobre las ofrendas). Y una vez más la madre está junto a Cristo en la fe, representados simbólicamente en Juan los discípulos y los hermanos. En esta fe contra toda esperanza experimenta profundamente la Virgen la coparticipación en los sufrimientos del Hijo (“compatientem”, de “pati-cum”, es el término latino de la “editio typica “ del *Misal romano*, traducido a veces impropiamente con “dolorosa”; lo mismo puede decirse para la oración después de la comunión, en donde “compassionem B. M.V. recolentes” se ha traducido: “al recordar los dolores de la virgen María”. No sólo como madre está íntimamente unida al dolor de Cristo, sino que, como ya hemos observado, lo está como creyente bienaventurada que ve vacilar los fundamentos de su fe con la pasión y la muerte.

Al mismo tiempo lucha sufriendo, esperando sólo en aquel que muere. Surge espontáneamente el recuerdo de Simeón, que había profetizado ya en este sentido: “Una espada atravesará tu alma” (Lc 2,35, del que encontramos un eco en la antífona inicial de la misa en el segundo pasaje evangélico *ad líbitum, o sea Lc 2,33-35,* y en la segunda liturgia de las horas sacada del *Sermones* de san Bernardo), y el recuerdo de su vida de fe que la había ido preparando para esta realidad: admirable expresión de los futuros fieles auténticos, que aun en medio del sufrimiento esperan únicamente en aquel que murió y resucitó. En Apocalipsis 12 parece estar clara la referencia a Jn 19,25-27. Por lo que se refiere a la “mujer”, se sabe que los exegetas andan divididos. Sin embargo, creemos que no está lejos la interpretación que ve en esta “mujer” tanto a la iglesia como a María : en efecto, “la iglesia y María son entre sí realidades complementarias, lo mismo que son las dos complementos insustituibles del mismo Cristo”. La madre del Hijo de Dios participa con él, en la hora de la historia, en la generación dolorosa de todos los vivientes, derrotando al enemigo del Hijo del hombre y participando en su glorificación por esta victoria. En este sentido el bíblico “viventium mater” (Gén 3,20) es el título perfecto de la nueva Eva. Madre espiritual y carnal de Cristo cabeza, madre espiritual de todos los miembros, de todos los hombres. Esta madre es la primera que ofrece su colaboración personal para completar la pasión de Cristo en favor de la iglesia, tal como se expresaba la *Mystici Córporis* refiriéndose a Col 1,24. Deseo que la liturgia, en la oración después de la comunión, sugiere que se actúe también parta la asamblea que ha celebrado la memoria de la Dolorosa como fruto

final. De esta forma la madre se convierte para la *ecclesia,* que sigue luchando aún contra el dragón, esperando la glorificación final, en signo de una esperanza cierta y en motivo de estímulo.

La petición de la *ecclesia* es esencial: participar en la pasión de Cristo con aquella que es su madre y su imagen, anhelando ardientemente llegar como llegó ella a la glorificación final: “Haz que la iglesia, asociándose con María a la pasión de Cristo, merezca participar de su resurrección”. Estamos en el corazón de la liturgia del 15 de septiembre, la auténtica dimensión cristiana y el sentido último y denso de la celebración, los mismos motivos que aparecen en el *Stábat Mater*. Lo que se vislumbra al comienzo de la colecta encuentra su petición consecuente en su segunda parte: pasión del Hijo y de la madre (petición de conglorificación). Estas dos peticiones piden lo esencial para la vida de la iglesia. Respetan su ya y su todavía no. San Pablo nos ayuda a profundizar en el sentido de estas súplicas. La comunión total con Cristo Señor nos da la garantía de participar en su vida divina (también la antífonas de laúdes y vísperas). El espíritu que él nos ha obtenido “da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo” (Rom 8, 1-17). Cristo quiso libremente señalar el camino del hombre participando en todo y para todo de la vida humana, viviendo un período concreto de acontecimientos, alegrías y sufrimientos, viviendo hasta el fondo la muerte por la vida. La comunión con él, ser coherederos con su persona, como la vivió también la virgen María, supone asumir, iluminados conscientemente por la fe, la vida de cada día, en

donde el límite propio del hombre, el sufrimiento, es un elemento no accesorio: “Coherederos de Cristo, si es que padecemos juntamente con él (Rom 8,17). La participación en la pasión tiene dos perspectivas: personal y comunitaria. Es anhelo por la continua liberación de toda forma de pecado, de mal, individual y social. El volver a tomar día tras día la propia cruz (Lc 9,39) y aliviar com-pasivamente la cruz de cualquier hombre que esté en nuestro Camino y la de la humanidad de que formamos parte (Lc 10,25-37; Jn 13,34). Pero esta pasión no es fin de sí misma, sino que es para la vida: “Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto” (Jn 12,24); y es para la vida sin fin: “Padecemos juntamente con él, para ser también juntamente con él, para ser también juntamente glorificados” (Rom 8,17); “si sufrimos con él, también con él reinaremos” (2 Tim 2, 11). Se trata de la tensión escatológica hacia la vida de toda la existencia cristiana. Se trata de la esperanza, que sostiene el ya de la iglesia, mientras camina hacia el todavía no. Esperanza que se centra esencialmente en la resurrección de Cristo, el primero de los vivientes (Rom 8, 18-30)

16 septiembre 2007

Lc 15,1-32

Amor sin medida

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: Ése acoge a los pecadores y come con ellos.

Jesús les dijo esta parábola: Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrocho su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando, se dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros"".

Se puso en camino. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje, y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado".

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando, al volver, se

acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado".

Lucas 15, 1-3. 11-32

---

17 septiembre 2007

Lc 7,1-10

.

Los hombres están ávidos de lo sensacional, el primer milagro de Caná impresionó a todas las gentes, somos muy dados a lo sensacionalista.

El funcionario igual que nosotros nos vemos esperando que Dios domine lo imposible: sufrimientos, enfermedades, la muerte. Jesús dijo: «Si no veis señales y prodigios, no creéis.». Jesús esquiva lo “maravilloso, lo que desea es encontrar personas que confíen totalmente en él, con una fe desnuda, sin argumentaciones: creer sin necesidad de los signos ni de prodigios, creer sin milagros… creer sin ver…

En los comienzos de la vida espiritual, sucede a menudo que el hombre encuentra satisfacciones interiores bastante intensas que le sirven de punto de apoyo. Se es feliz rezando. La meditación es un goce. La oración es percibida como algo buena y nutritiva. Incluso, a veces, a una intensa plegaria le siguen dichosos acontecimientos, que interpretamos como signos de Dios… y aún decimos: “es un milagro”. Pero, habitualmente, la vida en Dios está despojada de todas estas satisfacciones sensibles. Es la “noche”. Es tiempo de purificación de la fe. El gran salto en lo desconocido.

El funcionario creyó en la palabra, sin poderla verificar… Se fue. No tenía ninguna prueba. Tenía solamente la

palabra de Jesús.

Ante todas las promesas que nos hace el Señor, nos encontramos en la misma situación. Ante su promesa esencial: la vida eterna, la redención total y definitiva, la victoria del amor, la supresión de todo llanto y de todo sufrimiento, la resurrección, la vida dichosa junto a Dios en la claridad…. Ante todas estas promesas ¡hay que cree en su palabra! En la fe, en el salto de la fe, en la confianza ilimitada de la fe. Demos decir como Pedro: “Señor, a quien iremos, Tú tienes palabras de vida eterna”.

18 septiembre 2007

Lc 7,11-17

La religión de no pocos está configurada por imágenes, conceptos y creencias que a ellos mismos les resultan poco convincentes. No le falta razón al teólogo *Torres Queiruga* cuando describe la situación religiosa de bastantes en estos términos: «*Se cree, pero se duda de que las cosas puedan ser así; se duda, pero no se osa preguntar; se pregunta, pero no se dan respuestas claras...*».

Tengo la impresión de que, a veces, se vive la religión como algo anticuado y poco grato, que
todavía se conserva «por si acaso». A nadie se le oculta que esta manera de vivir la fe «bajo
eterna sospecha» no puede ser fuente de gozo interior ni estímulo para vivir. ¿Qué hacer?
¿Echar a Dios del corazón? ¿Olvidar todo esto como algo que sólo puede interesar a gentes
que no saben vivir a la altura de los tiempos? Estoy convencido de que muchas personas
necesitan hoy ir al *«núcleo de la fe»*; desprenderse de falsas ideas que les impiden el
encuentro con el Dios Vivo; deshacer fantasmas creados por el miedo. En definitiva, vivir
una experiencia realmente *nueva* de Dios.
Lo primero es revisar a fondo cómo se entiende y se vive la religión. A veces, se piensa que
hay como dos mundos. Por una parte, *«la religión»*, el ámbito de creencias, ritos, oraciones y
deberes religiosos; el mundo que le pertenece a Dios; lo que le interesa a Él. Por otra, *«la*
vida humana», el mundo propiamente «nuestro», en el que nos movemos, trabajamos y nos
divertimos; el mundo de nuestros intereses.
Según esta concepción, Dios buscaría lo que le conviene a Él, su gloria, mientras los hombres
y mujeres nos afanamos por lo que nos conviene a nosotros. O si se quiere, a Dios sólo le
interesaría de nosotros lo que está relacionado con «lo sagrado», no nuestra vida. De hecho,
no pocos viven la religión tratando de servir a Dios con la sensación de que hacen lo que le
interesa a Él, pero no lo que de verdad les conviene a ellos.
Qué transformación cuando la persona descubre que a Dios lo único que le interesa somos
nosotros, que no piensa en sí mismo sino en nuestro bien, que lo único que le da gloria es

nuestra vida vivida en plenitud. Yo he visto a alguien llorar de alegría al intuir por vez
primera con claridad desbordante que Dios sólo quiere nuestra felicidad total y desde ahora
mismo.
El evangelista Lucas nos describe un entierro en la pequeña aldea de Naím. Al ver a la madre
viuda que ha perdido a su hijo único, Jesús se conmueve y le dice: «*No llores*». Al comprobar
la intervención vivificadora de Jesús y ver al joven lleno de vida, la gente que capta lo
sucedido grita: «*Dios ha visitado a su pueblo*». Dios no quiere que el ser humano llore.
Alguien me dijo en cierta ocasión: «Qué suerte si Dios fuera como Vd. lo presenta; pero ¿será
así?» No. Dios no es como yo trato de presentarlo. Dios es siempre mayor y mejor que todo
lo que podamos balbucir los humanos.

.

19 septiembre 2007
Lc 7,31-35

Actitud de los publicanos y fariseos
Lucas 7, 31-35. Tiempo Ordinario. No dejemos de admirarnos de las obras de Dios.

Lucas 7, 31-35

Actitud de los publicanos y fariseos

En aquel tiempo dijo el Señor: ¿Con quién, pues, compararé a los hombres de esta generación? Y ¿a quién se parecen? Se parecen a los chiquillos que están sentados en la plaza y se gritan unos a otros diciendo: Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado, os hemos entonando endechas, y no habéis llorado. Porque ha venido Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores. Y la Sabiduría se ha acreditado por todos sus hijos.

Reflexión

Las sectas se aprovechan de la indecisión de muchos cristianos para derrumbarles su fe y para incorporarlos en sus organizaciones. Por eso hemos de estar vigilantes, afianzando cada vez más los principios de nuestra fe católica.

Jesús compara a los indecisos con unos chiquillos que han perdido la capacidad de reaccionar ante las invitaciones de sus amigos, pues ni bailan ni lloran. Es como cuando vemos el telediario y, después de una noticia trágica, pasamos a la información deportiva como si nada. Nos conmovimos unos segundos y luego nos olvidamos.

Lo mismo sucede cuando entramos en una iglesia y vemos un crucifijo. Ya no nos llama la atención. ¿Y si viéramos a un hermano nuestro retorciéndose de dolor, colgado en el

madero por cuatro terribles clavos? ¿No haríamos todo lo posible por bajarle de ahí?

Cristo espera que nuestro corazón vuelva a palpitar y reaccione ante nuestra realidad y la del mundo. Si nuestra fe está marchita, es hora de que rejuvenezca. Si Jesús sigue clavado en la cruz por nosotros, es tiempo de aprovechar la redención.

Porque si no abrimos los ojos, vendrá alguien a tocar a nuestra puerta y nos arrebatará lo más valioso que tenemos, sin darnos cuenta.

20 septiembre 2007

Lc 7,36-50

A qué se dedicaba María Magdalena antes de su encuentro con Jesús, es decir, antes de su conversión y de decidirse a seguir los mandamientos del Maestro? Para muchos cristianos, la pregunta es muy sencilla y tiene una respuesta casi obvia: María Magdalena era pecadora pública, prostituta. La tradición cristiana, y una abundante iconografía, corroboran esa respuesta.

Sin embargo, si queremos apoyar esa afirmación en las Escrituras, nos llevaremos una sorpresa. En ningún lugar del evangelio dice que Magdalena fuera prostituta; ni siquiera que fuera pecadora... Entonces, ¿de dónde procede esa tradición, que todos conocemos?

Para comenzar a responder a este interrogante, debemos referirnos a tres personajes bíblicos, que algunos identifican en una sola persona: María Magdalena, María la hermana de Lázaro y Marta, y la pecadora anónima que unge los pies de Jesús.

Tres personajes para una historia

- María Magdalena, así, con su nombre completo, aparece en varias escenas evangélicas. Ocupa el primer lugar entre las mujeres que acompañan a Jesús (Mt 27, 56; Mc 15, 47; Lc 8, 2); está presente durante la Pasión (Mc 15, 40) y al pie de la cruz con la Madre de Jesús (Jn 19, 25); observa cómo sepultan al Señor (Mc 15, 47); llega antes que Pedro y que Juan al sepulcro, en la mañana de la Pascua (Jn 20, 1-2); es la primera a quien se

aparece Jesús resucitado (Mt 28, 1-10; Mc 16, 9; Jn 20, 14), aunque no lo reconoce y lo confunde con el hortelano (Jn 20, 15); es enviada a ser apóstol de los apóstoles (Jn 20, 18). Tanto Marcos como Lucas nos informan que Jesús había expulsado de ella «siete demonios» (Lc 8, 2; Mc 16, 9)

- María de Betania es la hermana de Marta y de Lázaro; aparece en el episodio de la resurrección de su hermano (Jn 11); derrama perfume sobre el Señor y le seca los pies con sus cabellos (Jn 11, 1; 12, 3); escucha al Señor sentada a sus pies y se lleva «la mejor parte» (Lc 10, 38-42) mientras su hermana trabaja.

- Finalmente, hay un tercer personaje, la pecadora anónima que unge los pies de Jesús (Lc 7, 36-50) en casa de Simón el Fariseo.

Dos en una, tres en una

No era difícil, leyendo todos estos fragmentos, establecer una relación entre la unción de la pecadora y la de María de Betania, es decir,

suponer que se trata de una misma unción (aunque las circunstancias difieren), y por lo tanto de una misma persona.

Por otra parte, los «siete demonios» de Magdalena podían significar un grave pecado del que Jesús la habría liberado. No hay que olvidar que Lucas presenta a María Magdalena (Lc 8, 1-2) a renglón seguido del relato de la pecadora arrepentida y perdonada (Lc 7, 36-50).

San Juan, al presentar a los tres hermanos de Betania (Marta, María y Lázaro), dice que «María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos». El lector atento piensa: "Conozco a este personaje: es la pecadora de Lucas 7". Además, en el mismo evangelio de Lucas, inmediatamente después del episodio de la unción, se nos presenta a María Magdalena, de la que habían salido «siete demonios». El lector ratifica su impresión: "María Magdalena es la pecadora que ungió a Jesús". Y por último, en el mismo evangelio de San Lucas, pocos capítulos después (Lc 10), María, hermana de Marta, aparece escuchando al Señor sentada a sus pies. El lector concluye: "María Magdalena y esta María son una misma persona, la

pecadora penitente y perdonada, que Juan también menciona por su nombre aclarándonos que vivía en Betania".

Pero esta conclusión no es necesaria porque:

- no hay por qué relacionar a Juan con Lucas; los relatos difieren en varios detalles. Así, por ejemplo, la unción, según Lucas, tiene lugar en casa de Simón el Fariseo; su relato hace explícita referencia a los pecados de la mujer que unge a Jesús. Pero Mateo, Marcos y Juan, por su parte, hablan de la unción en Betania en casa de un tal Simón (Juan no aclara el nombre del dueño de casa, sólo señala que Marta servía y que Lázaro estaba presente), y mencionan el gesto hipócrita de Judas en relación con el precio del perfume, sin sugerir que la mujer fuese una pecadora. Sólo Juan nos ofrece el nombre de la mujer, que los demás no mencionan.

- los «siete demonios» no significan un gran número de pecados, sino -como lo aclara allí mismo Lucas- «espíritus malignos y enfermedades»; este significado es más

conforme con el uso habitual en los evangelios.

Dos teorías

Los argumentos a favor de la identificación de los tres personajes, como vemos, son débiles. Sin embargo, tal identificación cuenta a su favor con una larga tradición, como se ha mencionado. Hay que decir también que los argumentos a favor de la distinción entre las tres mujeres tampoco son totalmente concluyentes. Es decir que ambas teorías cuentan con razones a favor y en contra, y de hecho, a lo largo de la historia, ambas interpretaciones han sido sostenidas por los exégetas: así, por ejemplo, los latinos estuvieron siempre más de acuerdo en identificar a las tres mujeres, y los griegos en distinguirlas.

Una respuesta "oficial"

A pesar de que ambas posturas cuentan con argumentos, hoy en día la Iglesia Católica se ha inclinado claramente por la distinción entre las tres mujeres. Concretamente, en los textos litúrgicos, ya no se hace ninguna referencia -como sí ocurría antes del Concilio- a los pecados de

María Magdalena o a su condición de "penitente", ni a las demás características que le provendrían de ser también María de Betania, hermana de Lázaro y de Marta. En efecto, la Iglesia ha considerado oportuno atenerse sólo a los datos seguros que ofrece el evangelio.

Por ello, actualmente se considera que la identificación entre Magdalena, la pecadora y María es más bien una confusión "sin ningún fundamento", como dice la nota al pie en Lc 7, 37 de "El Libro del Pueblo de Dios". No hay dudas de que la Iglesia, a través de su Liturgia, ha optado por la distinción entre la Magdalena, María de Betania y la pecadora, de modo que hoy podemos asegurar que María Magdalena, por lo que nos cuenta la Escritura y por lo que nos afirma la Liturgia, no fue "pecadora pública", "adúltera" ni "prostituta", sino sólo seguidora de Cristo, de cuyo amor ardiente fue contagiada, para anunciar el gozo pascual a los mismos Apóstoles.

La liturgia de su fiesta

Los textos bíblicos que se proclaman en su Memoria (que se celebra el 22 de julio) hablan de la búsqueda del «amado de mi alma» (Cant 3, 1-4a) o de la muerte y

resurrección de Jesús como misterio de amor que nos apremia a vivir para «Aquel que murió y resucitó» por nosotros (2 Cor 5, 14-17). Ell evangelio que se proclama en la Misa es Jn 20, 1-2.11-18, es decir, el relato pascual en que Magdalena aparece como primera testigo de la Resurrección de Jesús, lo proclama «¡Maestro!» y va a anunciar a todos que ha visto al Señor. Como se ve, ninguna alusión a sus pecados ni a su supuesta identificación con María de Betania. Sólo pervive de esta supuesta identificación el hecho de que la Memoria litúrgica de Santa Marta se celebra justamente en la Octava de Santa Magdalena, es decir, una semana después, el 29 de julio. Santa María de Betania aun no tiene fiesta propia en el Calendario Litúrgico oficial.

Los textos eucológicos de la Misa de la Memoria de Santa María Magdalena nos dicen, por su parte, que a ella el Hijo de Dios le «confió, antes que a nadie... la misión de anunciar a los suyos la alegría pascual» (Oración Colecta). Magdalena es aquella «cuya ofrenda de amor aceptó con tanta misericordia tu Hijo Jesucristo» (Oración sobre las Ofrendas) y es modelo de «aquel amor que [la] impulsó a entregarse por siempre a Cristo» (Oración Postcomunión).

En la Liturgia de las Horas ocurre otro tanto, ya que los nuevos himnos compuestos después de la reforma litúrgica (*Aurora surgit lúcida* para Laudes y *Mágdalæ sidus* para Vísperas) hacen hincapié en los mismos aspectos: María Magdalena como testigo privilegiado de la Resurrección, primera en anunciar a Cristo resucitado, y fiel e intrépida seguidora de su Maestro. Algo similar se verifica en los demás elementos del Oficio Divino, en los que -nuevamente- no hay alusión ninguna a los supuestos pecados de la Magdalena ni a su condición de hermana de Marta y Lázaro.

Como claro contraste, cabe señalar que en la liturgia previa al Concilio, la Memoria del 22 de julio se llamaba «Santa María Magdalena, penitente», y abundaban las referencias a su pecado perdonado por Jesús y a su condición de hermana de Lázaro. El evangelio que se proclamaba era justamente Lc 7, 36-50, es decir, la unción de Jesús a cargo de «una mujer pecadora que había en la ciudad»: "in civitate peccatrix".

Finalmente, mencionemos que el culto a Santa María Magdalena es muy antiguo, ya que la Iglesia siempre veneró de modo especial a

los personajes evangélicos más cercanos a Jesús. La fecha del 22 de julio como su fiesta ya existía antes del siglo X en Oriente, pero en Occidente su culto no se difundió hasta el siglo XII, reuniendo en una sola persona a las tres mujeres que los Orientales consideraban distintas y veneraban en diversas fechas. A partir de la Contrarreforma, el culto a María Magdalena, "pecadora perdonada", adquiere aun más fuerza.

La leyenda oriental señala que después de la Ascensión habría vivido en Éfeso, con María y San Juan; allí habría muerto y sus reliquias habrían sido trasladadas a Constantinopla a fines del siglo IX y depositadas en el monasterio de San Lázaro.

Otra tradición -que prevalece en Occidente- cuenta que los tres "hermanos" (Marta, María "Magdalena" y Lázaro) viajaron a Marsella (en un barco sin velas y sin timón). Allí, en la Provenza, los tres convirtieron a una multitud; luego Magdalena se retiró por treinta años a una gruta (del "Santo Bálsamo") a hacer penitencia. Magdalena muere en Aix-en-Provence, adonde los ángeles la habían llevado para su última comunión, que le da San Máximo. Diversos avatares sufren sus

reliquias y su sepulcro a lo largo de los siglos.

Estas leyendas, naturalmente, no tienen ningún fundamento histórico y, como otras tantas, fueron forjadas en la Edad Media para explicar y autentificar la presencia, en una iglesia del lugar, de las supuestas reliquias de Magdalena, meta de innumerables peregrinajes.

Finalmente, cabe consignar que el apelativo "Magdalena" significa "de Magdala", ciudad que ha sido identificada con la actual Taricheai, al norte de Tiberíades, junto al lago de Galilea.

---

21 septiembre 2007

Mt **Mt 9,9-13**

¡Ten piedad de mí, Señor, que soy pecador!

Después del tiempo de Cuaresma y Pascua y de las gran-des solemnidades de la Santísima Trinidad y del Cuerpo y la Sangre de Jesús, celebramos hoy el X Domingo del tiempo Or-dinario y retomamos la lectura del Evangelio de Mateo.

La primera parte del Evangelio de hoy es el relato

de una vocación. "Vio Jesús al pasar a un hombre llamado Ma-teo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: 'Sí-gueme'. Él se levantó y lo siguió". La narración se reduce a lo esencial, que podemos resumir en cinco puntos: la iniciativa la tiene Jesús que elige a quien quiere; el que es llamado tiene oficio de publicano; su nombre es Mateo; es llamado mientras ejerce su profesión; responde con total prontitud. En el relato de esta vocación los tres Evange-lios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) coinciden en todo, excepto en el nombre del que es llamado. En los otros dos Evangelios se llama Leví. Marcos especifica aun más: "Leví, hijo de Alfeo". En el Evangelio de Mateo hay una intención particular en la afirmación de que el nombre del publicano a quien Jesús llama es Mateo.

¿Cuál es esta intención? Lo que el autor quiere acen-tuar es que entre los doce apóstoles de Jesús había un ex-publicano. En efecto, cuando detalla la lista de los doce apóstoles, sólo este Evangelio subraya esa circunstancia: "Mateo, el publicano" (Mt 10,3). Si continuamos la lectura comprenderemos por qué el autor acentúa esa circunstancia: "Y sucedió que estando él a la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Je-sús y sus discípulos". Jesús come con publicanos y pecado-res, pero lo hace para que se conviertan, como ocurre con Mateo, que llega a ser uno de sus doce apóstoles.

De improviso aparecen otros actores: «Al verlo los fa-riseos decían a los discípulos: "¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?"». La respuesta ob-via es: "Porque quiere hacer que se conviertan". Pero el que

responde es Jesús y él va más allá. Su respuesta es la que puede dar el único que no tiene pecado: "No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal... no he venido a llamar a justos, sino a pecadores". En la percepción de Jesús da lo mismo comer con un publicano que con cualquier otro hombre, pues ante él todos son pecadores y necesitan de él para salvarse. Sólo se exceptúa la Virgen María que fue preservada inmune de todo pecado por singular privilegio.

En la percepción de Jesús, entre todos los hombres, los más pecadores son los que piensan que pueden salvarse por su propio esfuerzo y prescinden de Cristo; son los que se consideran sanos y no recurren al médico; son los que se tienen por justos y condenan a los demás.

Aquí, en un hecho de la vida real, se destaca el con-traste entre fariseos y publicanos. Jesús puso al descu-bierto la realidad profunda de ambas actitudes por medio de una parábola específica: la del fariseo y el publicano que suben al templo a orar. El fariseo se considera justo; el publicano se reconoce pecador. La conclusión es que éste bajó justificado y aquél no (cf. Lc 18,9-14).

22 septiembre 2007

Lc 8,4-15

Los discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola, y Jesús les dijo: "A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás, en cambio, se les habla en parábolas, para que miren sin ver y oigan sin comprender".

El que mejor nos puede explicar una parábola es el mismo Jesús, y el que mejor la entenderá, no es el que sepa más de teología, o que se haya leído la Biblia muchas veces. Para comprender las palabras de Jesús, se debe estar libre de toda arrogancia en la contemplación de las cualidades propias, con menosprecio de las de los demás, porque no entenderán el evangelio los que viven seguros de poseer la verdad, sentados cómodamente en el sillón de la fe, sin ningún compromiso con la justicia, sin interés por amar a su prójimo, y sólo pueden entender lo que dé la razón a su modo de vivir, lo que les convenga. No pueden entender las palabras de Jesús los que están cerrados a "conocer los secretos del reino". Difícilmente entenderán el mensaje de Jesús, aquellos no les interese vivir de acuerdo a sus enseñanzas, sin embargo los que escuchan, y profundizan sus palabras y la atesoran en el corazón y la ponen en practica, no la acomodan a su estilo de vida, sino que buscan vivir a semejanza de Jesús, no solo las han entendido de oído, sino que de corazón y mente.

Pero cuidado con esos que aparentan haber recibido bien las palabras de Jesús y que luego pierden de a poco lo que han recibido, que mientras estuvieron bien estaban comprometidos y luego por motivos inspirados por la soberbia o la vanidad la abandonan.

“A los demás, en cambio, se les habla en parábolas, para que miren sin ver y oigan sin comprender", para estimularlos a pensar por sí mismos, para que el corazón le encuentre sentido a la enseñanza, la

parábola es la narración de un suceso fingido de la que se deduce una enseñanza moral o una verdad y tiene grandes ventajas. La verdad presentada de esta forma queda más grabada en la memoria que una mera exposición didáctica, ninguna enseñanza acerca de la misericordia del Señor hacia los pecadores arrepentidos habría producido el efecto de la parábola del hijo pródigo (Lc. 15:11-32). Por otra parte, cuando un profeta o predicador debía reprender a un personaje importante que no fuera a aceptar su culpabilidad, podían usar una parábola habilidosa para cautivarlos e iluminar su conciencia.

“Como se reunía una gran multitud y acudía a Jesús gente de todas las ciudades, él les dijo, valiéndose de una parábola: "El sembrador salió a sembrar su semilla. Al sembrar, una parte de la semilla cayó al borde del camino, donde fue pisoteada y se la comieron los pájaros del cielo.”

Esta parábola nos narra de un sembrador que sale a sembrar a voleo, el no ha escogido el terreno, y en el voleo la simiente cae en lugares diferentes, entonces no le es fácil saber si esta fructificará o no, además por ser terrenos distintos donde cae esta, encuentra dificultades para crecer, es así como cae en cuatro terrenos diferentes.

Parte de la semilla cayó al borde del camino; esos pequeños caminos que atraviesan los campos. Los pájaros, siempre al acecho, se la comieron. Lucas añade que antes fue pisada por los caminantes. La conclusión es hacernos ver que se perdió.

Hemos de distinguir entre escuchar y entender. El desarrollo de la palabra debe pasar desde lo externo a ser algo interior, lo que exige tiempo y un trabajo del individuo por el que se va identificando con unos valores que deben llevarle, lógicamente, a un cambio de conducta. Si no se llega a este cambio de vida, nos

quedaremos en unos conocimientos que para poco o nada nos van a servir. De ahí que Jesús nos hable de lo sembrado al borde del camino. Es cuando la palabra queda al margen de la vida de la persona, sin comprometerla. Estaremos en este grupo si rechazamos la palabra abiertamente, y no la integramos en nuestra vida, como los que adaptan externamente al mensaje que escuchan, pero no lo asimilan interiormente por no llegarles como algo válido para su vida, sino como una rutina social o una imposición familiar; sin olvidar las resistencias que pueden surgir dentro del hombre para no enfrentarse con los valores en uso en la sociedad. Así son, esa mayoría que se declara cristiana sociológicamente, que se bautiza y hasta cumple con algunos ritos establecidos, pero interiormente comparten los mismos criterios de vida que el resto de la sociedad no cristiana. Escuchan sin entender, por ser terreno duro, impenetrable, empedrado y machacado por la costumbre y la rutina. Todo lo escuchan como ya sabido. La semilla cae sobre ellos, pero no puede penetrar, esto es, rebota.

Toda religión que no es fruto de la convicción personal termina creando el repudio, haciendo el ridículo. Por esa razón Lucas nos dice que antes de ser comida por los pájaros fue pisada por los hombres (Lc 8,5).

Otra parte cayó sobre las piedras y, al brotar, se secó por falta de humedad.

Lo sembrado en terreno pedregoso también se pierde. Al tener poca tierra, sin raíces profundas, el sol la secó. Somos de este grupo si aceptamos la palabra sin profundizarla y cuando nos vienen las dificultades lo dejamos todo. Pero también es necesario destacar que muchos jóvenes en sus escuelas reciben inicialmente su formación religiosa, muchos niños

asisten a catecismo a fin de preparase para su primera comunión o para la confirmación, y se saben ciertas cosa que repiten y poco sienten, porque no les hemos enseñado a valorar lo que han recibido, y no profundizan las enseñanzas porque les hemos dejado permisivamente que le den mas importancia a otros valores que no son de nuestra fe, no es como dicen algunos por falta de edad madura, porque los retoños se deben cuidar y regar para crezcan fuertes y si no se hace así, seguro que se secaran antes de crecer.

Otra cayó entre las espinas, y éstas, brotando al mismo tiempo, la ahogaron.

Otra cayó entre las espinas o las zarzas, que ahogaron la semilla al desarrollarse. La tierra era fecunda y profunda, en ella la semilla podía haber germinado. Sin embargo, también se secó. En este grupo podemos incluirnos si tenemos mucho que dejar para poder ser cristianos: las riquezas, los criterios de clase, los placeres, la posición social y por estos motivos nos apresuramos a ahogar la simiente por miedo a las complicaciones que podrían ocasionarnos. Aquí están los que pretenden engañarse compaginando los valores de Dios con los que representa el dinero. Aquí se sitúan los que suelen gozar de buena reputación y ocupar puestos preferentes en la Iglesia. ¿Estamos dentro de estos?

Vemos cómo en tres ocasiones falla la siembra. Lo que no quiere decir que se den claramente estos tres tipos de personas. Suelen darse mezclados y coexistir en el mismo individuo. Lo que importa destacar es que el reino es rechazado por unos, por las razones que sean, y aceptado por otros; y que los que lo aceptan lo demuestran con una vida a favor del pueblo, con una vida en la que están presentes las bienaventuranzas.

Otra parte cayó en tierra fértil, brotó y produjo fruto al

ciento por uno".

Sin embargo una parte cayó en buena tierra y dio el fruto esperado, esto nos representa, solo si hemos escuchado y entendido plenamente, y lo hemos puesto en práctica.

Porque sólo si la semilla echa raíces dentro del corazón humano podremos hacer frente a las dificultades que han de llegar inevitablemente. A este grupo pertenecen los que entienden que, aunque hayan recibido el evangelio con corazón sincero, las situaciones externas pueden cambiar y hacerles entrar en crisis. Entienden que cada etapa de la vida tiene sus propias dificultades, que no son seres ya hechos, sino en constante crecimiento, que las situaciones son siempre distintas, que cada día trae sus propias inquietudes y dudas y que diariamente deben plantearse lo que ayer parecía seguro...

Son los que reciben el reino de Dios como una revelación, como una interpelación personal, como una llamada constante a superarse. Son los que se dejan vaciar, desenmascarar, desalojar de su seguridad y de su buena conciencia. Son los que toman para sí cuanto se dice, los que están en actitud permanente de conversión y de arrepentimiento, los que se han reconocido en los tres grupos anteriores. El mensaje de Jesús no es aceptable sin más. Es necesario estar libre de toda estima y ambición de poder y de tener; hacerlo nuestro, carne de nuestra carne y espíritu de nuestro espíritu; desprendernos de todo agobio por la subsistencia y del deseo de comodidad. ¿Escuchamos la palabra convencidos de estar ya en el buen camino y aplicándolo sólo a los demás? ¿La escuchamos con entusiasmo y la dejamos cuando nos exige esfuerzo y constancia? ¿Nos vemos con ánimo para irla llevando de verdad a la práctica?...

En todo los casos, el que mejor nos puede explicar una parábola es el mismo Jesús

Y una vez que dijo esto, exclamó: "¡El que tenga oídos para oír, que oiga!" La parábola quiere decir esto: "La semilla es la Palabra de Dios. Los que están al borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y arrebata la Palabra de sus corazones, para que no crean y se salven. Los que están sobre las piedras son los que reciben la Palabra con alegría, apenas la oyen; pero no tienen raíces: creen por un tiempo, y en el momento de la tentación se vuelven atrás. Lo que cayó entre espinas son los que escuchan, pero con las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, se van dejando ahogar poco a poco, y no llegan a madurar. Lo que cayó en tierra fértil son los que escuchan la Palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen, y dan fruto gracias a su constancia".

Por comprender todo esto, Gracias Señor.
La paz del Señor Sea con Ustedes
Oh Jesús, todo los que haces, nos maravilla.
Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

23 septiembre 2007

Lc 16,1-13

Mensaje doctrinal

1. *¿Qué pasa con los hijos de la luz?*. La expresión “hijos de la luz” parece referirse a los primeros cristianos, que habían sido iluminados por Cristo resucitado y glorioso mediante el bautismo. A esa expresión se contrapone la de “hijos de este mundo”, con la que se quiere señalar a todos aquellos cuya vida está regida por una mentalidad mundana, “económica”, más que religiosa. La sentencia evangélica impresiona fuertemente y hasta nos pone la carne de gallina: “Los hijos de este mundo son más sagaces, más hábiles con su propia gente que los hijos de la luz”. ¿Por qué este fenómeno que no es únicamente de un ayer lejano, sino que tiene visos de ser de una tremenda actualidad? ¿Qué es lo que pasa con los hijos de la luz? Los hijos de este mundo saben hacer uso extraordinario de sus habilidades y de su ambición para manipular injustamente las balanzas y para engañar manifiestamente a los pobres, para incluso reducir a otros hombres a esclavitud por falta de solvencia económica (Primera lectura). Los hijos de este mundo, en circunstancias adversas, ponen inmediatamente en juego todas sus capacidades para salir de la situación en forma ventajosa (Evangelio). A los hijos de la luz Jesús les recrimina que no tengan la sana ambición de recurrir a todos los medios lícitos para difundir la luz de la fe; que no pongan todas sus capacidades para inventar modos de vencer las adversidades, de superar los obstáculos, y sobre todo de llevar la luz a otros muchos hombres. El Dios Jesucristo y el “dios dinero” no pueden dividirse el dominio. El Dios Jesucristo tiene todo el derecho de prevalecer sobre el “dios dinero”, que al fin y al cabo no es más que un ídolo. La misión de hacer prevalecer al verdadero Dios, al

Supremo Bien y Riqueza del hombre, sobre el ídolo de la riqueza, es propia de los hijos de la luz. Si en la sociedad el ídolo del dinero y del consumismo tiene cada vez más adoradores, ¿no hemos de preguntarnos sobre qué está pasando con los hijos de la luz?

2. *La oración, lugar de la verdadera autocomprensión*. La luz y la fuerza para trabajar por la Verdadera Riqueza del hombre se le ofrece al cristiano de la mano de la oración. El cristiano ora por todos, por los reyes y por los que detentan el poder. El hecho mismo de orar por todos implica subordinarlos al poder del Dios vivo, a la Riqueza que no se destruye ni se acaba. En la oración comprendemos que Dios juzgará la prepotencia del rico, cuyos abusos gritan justicia al Dios del cielo (Primera lectura). En la oración es más fácil entender que la riqueza del hombre consiste en la riqueza de su fe. Es efectivamente en el horno de la oración donde se cuece diariamente el pan de la fe y de la solidaridad fraterna. El orador que alza al cielo manos puras, sin ira y sin rivalidades, descubre la riqueza de la salvación y de la gracia, que Jesucristo Mediador nos regala, relativizando con mayor facilidad cualquier otra riqueza de este mundo. Es iluminado para entender que todos los bienes terrenos vienen de Dios, que el hombre es únicamente su administrador, y que debe administrarlos bien. ¿Podrá acaso el hombre orador, dador de toda riqueza, estafar a Dios, mostrarse prepotente con los que carecen de bienes y riquezas? En la escuela de la oración llegamos a percatarnos de que las riquezas y bienes mundanos son sólo un medio para poder servir mejor a los demás; un medio para que, cuando dejemos la administración de este mundo y nos presentemos ante el juicio de Dios, seamos bien acogidos en las moradas eternas.

Sugerencias pastorales

1. *La seducción del dios dinero*. En una sociedad, en gran parte consumista y materialista, como lo es la nuestra, el dios dinero intenta encandilar incluso a los mejores cristianos. Si vamos hasta el fondo de las cosas, ¿no es el culto al dios dinero la causa principal de la persistencia en la producción de la droga?, ¿no es el culto al dólar el motor más determinante de la producción y venta de armamentos a países que deberían utilizar esos fondos para la creación de infraestructuras, y para el desarrollo social y cultural de la población?, ¿acaso no es el dios dinero el incentivo más poderoso de algunas de las guerras étnicas en varios países de África?, ¿cómo explicar la corrupción en no pocos gobernantes, sino porque han levantado un altar a este dios insaciable? El dinero seduce, obceca, provoca divisiones fratricidas, despierta instintos de ambición, hace sucumbir hasta los principios más sacrosantos y nobles, endurece el corazón, deshumaniza y hasta hace olvidarse de Dios. Como creyentes hemos de tener ante nuestros ojos esta realidad y esta tentación, no fácil de vencer. Con espíritu vigilante y con la asiduidad en la oración, hemos de ejercitarnos en relativizar el dinero, en ponerlo en el lugar que le corresponde en los planes de Dios, en servirnos de él como medio para vivir dignamente, para hacer el bien a los necesitados, para ponerlo al servicio de la fe y del Reino de Cristo. No tengamos miedo a esta seducción. Plantémosle cara. Vivamos nuestra vida diaria procurando valorar más y más la riqueza de la fe, la Riqueza que es Dios. ¿Por qué no contrarrestamos la seducción del dinero con la seducción de Dios? ¿O es que Dios es tan solo un objeto de fe que ya no nos seduce? El Dios vivo y personal es el mejor antídoto contra todos los ídolos que puedan llamar a la puerta de nuestro corazón.

2. *Oración por los ricos*. La fe es una riqueza que Dios otorga a todos. La Iglesia es una comunidad creyente, en la que hay espacio para todos. Es verdad que hay en la Iglesia una cierta preferencia por los pobres, y está más que justificada. Pero la Iglesia es de todos y para todos.

Por eso os invito a hacer una oración por los ricos.

Dios omnipotente y eterno, mira a tus hijos los ricos con corazón de Padre, infúndeles un espíritu filial para contigo y un corazón fraterno para con todos los hombres, especialmente para con los más necesitados de ayuda. Dios y Señor del universo, que has destinado los bienes del mundo para beneficio de todos, concede a quienes abundan en riquezas la gracia de servirse de ellas con un corazón libre y desprendido.

Señor Jesucristo, que siendo rico te hiciste pobre, para enriquecernos con tu pobreza, sé para todos los ricos de este mundo un modelo de libertad y de opción por los bienes que no perecen.

Espíritu Santificador, ilumina a los magnates de las finanzas con la luz de la fe indefectible, de la infatigable caridad y de la esperanza que no defrauda, para que sus decisiones en favor de los individuos y de los pueblos estén guiadas por la justicia y la solidaridad. Amén.

24 septiembre 2007

Lc 8,16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de un lecho, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. Pues nada hay oculto que no quede manifiesto, y nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto. Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga, se le dará; y al que no tenga, aun lo que crea tener se le quitará.

Reflexión

La sinceridad nos permite ir con la cabeza bien alta, en todo momento. El hombre sincero es la persona de una sola pieza, sin dobleces, sin compartimentos secretos, sin engaños.

Ser sincero no es nada fácil, porque es más sencillo adaptarse a las circunstancias y poner buena cara a todos que mantenerse fiel a la palabra dada y a los principios adquiridos. Por ejemplo, el que está convencido de que la vida humana constituye un valor supremo y que no puede ser negociada por ninguna ley ni ideología política puede ser tachado de “conservador”, antiguo, etc. Etiquetas incómodas, desde luego. Pero, ¿con quién prefiere quedar bien? ¿Con unos hombres de ideas pasajeras, o con el Dios eterno, creador de cuanto hay en el cielo y en la tierra, con el que le ha dado la vida y es su Señor?

La sinceridad es una virtud que debe forjarse cada día, en cada momento. No se consigue de una vez para siempre, sino que hay que renovarla en cada ocasión que se presente. ¿Soy sincero en esta respuesta? ¿Soy coherente con mi fe ante esta situación? Es preciso examinarse diariamente para ver cómo está nuestra conciencia. ¿Es como una luz? ¿O debo esconderla de los demás, para que no descubran cómo soy?
Porque nada hay oculto que no quede manifiesto. Algún día se revelará la verdad y es mejor estar preparado desde ahora.

25 septiembre 2007
Lc 8,19-21

Lucas 8, 19-21

En aquel tiempo fueron a buscar a Jesús su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta Él a causa de la gente. Le anunciaron: «Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte». Pero Él les respondió: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen».

Reflexión

Los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. Esto nos recuerda otra sentencia: "No todo el que dice Señor, Señor, sino el que hace la voluntad de mi Padre..." O aquella otra: "Por sus obras lo conoceréis".

Y es que el seguimiento de Jesús hay que hacerlo desde la vida y la realidad de la fe. María, su familia, habían acompañado a Jesús en su crecimiento humano; ahora se les está invitando a dar el paso a la dimensión de la fe. Acompañar a Jesús en la tangibilidad de la carne, en cierto modo se hace fácil, pero adentrarse en su dimensión divina se vuelve todo un misterio difícil de asumir. Querer apresar a Jesús dentro de nuestros conceptos es la tentación de cada día, por eso la llamada constante a transcendernos, a vivir los valores del espíritu, a dejar a Dios ser

Dios asumiendo con docilidad sus planes.

Oh, Dios, que a través de tu Hijo te has hecho Palabra encarnada, te pedimos quieras concedernos una mirada limpia para descubrirte en toda ocasión y así podamos disfrutar de la presencia de tu Rostro.

26 septiembre 2007

Lc 9,1-6

No toméis nada para el camino

Lucas 9, 1-6. Tiempo Ordinario. Poner toda mi confianza en Dios y no en mis propios recursos.

No toméis nada para el camino

Lucas 9, 1-6

En aquel tiempo, Jesús reunió a los Doce y les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar. Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno. Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de allí. En cuanto a los que no os reciban,

saliendo de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. Saliendo, pues, recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes.

Reflexión

¿Qué se necesita para predicar el Evangelio? Conocerlo. Nada más.

Vamos, pues, a descubrir dos lecciones que se esconden en este pasaje de san Lucas.

La primera es la profunda fe que debe tener el enviado a proclamar el Reino de Dios. Debe poner toda su confianza en Dios y no en sus propios recursos, sabiduría, medios técnicos, etc. Y esa fe exige también el desapego de las comodidades y la esperanza de que Dios proveerá todo aquello que necesite el apóstol para cumplir con su labor.

La segunda enseñanza va dirigida a los fieles que acogen al misionero, sacerdote o religiosa que viene de parte de Dios. Porque si ellos han entregado su vida, su tiempo y su esfuerzo para darnos a conocer lo más importante, ¿cómo vamos a despedirles sin darles ni siquiera de comer?

Jesús nos invita a atender las necesidades materiales de la Iglesia. Por ejemplo, ¿sabes cuántos seminaristas se están formando actualmente? ¿Y cómo lo harán para pagarse los estudios, la alimentación, el vestido, etc? Sería muy triste que un joven dejase casa, familia y amigos para abrazar la vocación sacerdotal y luego no tuviese medios para completar su formación.

Es buen momento para reflexionar en todo lo que nos da la Iglesia y ver qué aportamos nosotros a cambio.

27 septiembre 2007
Lc 9,7-9

Herodes oye hablar de Jesús
Lucas 9, 7-9. Tiempo Ordinario. Nosotros también tenemos ganas de ver a Cristo, queremos conocerle y estar con El.

Herodes oye hablar de Jesús

Lucas 9, 7-9

En aquel tiempo se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, que Elías se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. Herodes dijo: A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas? Y buscaba verle.

Reflexión

¿Quién es este hombre que congrega a las multitudes, este hombre que cura a los enfermos, este hombre que nos habla de un Reino nuevo y a quien el mar y el viento obedecen? ¿Es un reformador social? ¿Un nuevo profeta? ¿Un revolucionario? ¿O el hombre más genial de todos los tiempos?

Hoy nos surge también a nosotros el mismo deseo que a Herodes. Tenemos ganas de ver a Cristo. Queremos conocerle y estar con El.

"Estamos contigo, Cristo. No podemos reprimir el decirte, como Pedro, “Tú eres el Hijo de Dios vivo”. Gracias, Señor, por haber entrado en nuestras vidas. Por haber irrumpido en la historia de la humanidad. Por haber cambiado los destinos de los hombres.

Lo mismo que la historia se cuenta ahora a partir de tu nacimiento, queremos también que nuestras vidas se cuenten a partir de este encuentro contigo.

Ayúdanos a llevar esta Buena Noticia a los hombres, a cambiar la historia como Tú lo hiciste. Te buscamos, ven a encontrarte con nosotros y colma nuestros anhelos.

Queremos estar contigo, Jesús, en este diálogo íntimo de hoy, en esta oración, en la que queremos ver tu rostro para poder darlo a conocer a los nuestros.

Herodes no sabía quién eras. Nosotros sabemos que Tú eres el Hijo de Dios, y que sólo Tú tienes palabras de vida eterna.

28 septirmbre 2007

Lc 9,18-22

Profesión de fe de Pedro

Lucas 9, 18-22. Tiempo Ordinario. ¿Sabemos quién es Cristo? Respondámosle sin miedo en la intimidad de la oración.

Profesión de fe de Pedro

Lucas 9, 18-22

En aquel tiempo, Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo e hizo esta pregunta a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas. Él le dijo: Y ustedes ¿quién dícen que soy yo? Simón Pedro contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.

Reflexión

¿Quién dicen los hombres que soy? Es una pregunta que aún hoy nos hace Cristo a cada uno de los que profesamos el nombre de cristianos. Esa vez fue dirigida a los apóstoles y causó el mismo impacto que si nos la dijera hoy Jesús a nosotros. Ellos, que habían escuchado sus palabras, habían dejado todo por seguirlo, nunca se habían cuestionado sobre quién era “realmente” aquel

Hombre que podía dominar la naturaleza y que curaba a los enfermos y perdonaba los pecados.

Ante la primera pregunta muchos respondieron de inmediato: que Juan el Bautista, que alguno de los profetas… Y vosotros, ¿quién decís que soy? Sólo ahora se quedaron estupefactos. No se lo habían planteado jamás. ¿Cómo era posible que no supieran quién era? Ocurre que muchos católicos tras años de bautizados, y después de haber visto la acción de la gracia tan patente por los sacerdotes, tampoco saben “realmente” quién es Él. Porque es una pregunta que se responde de corazón a corazón, no de un frío libro a una también fría mente. Cristo pregunta y lo hace porque desea que lo conozcamos de veras.

Sólo el bueno e intrépido de Pedro responderá justamente: Tú eres el Cristo. Porque se ha dejado llevar de la inspiración del Espíritu, él que será la Piedra de la Iglesia. ¿Sabemos quién es Cristo? Respondámosle sin miedo en la intimidad de la oración de corazón a Corazón.

29 septiembre 2007

Jn 1,47-51

Los ángeles ministros de Dios

En estos días en que vivimos tan dependientes de lo inmediato y tangible, tan condicionados por lo práctico a corto plazo, tan predispuestos a no aceptar sino lo que podemos directamente

comprobar, pues la mentira se ha establecido entre los hombres, podría parecer de ilusos hablar de ángeles; sino fuera porque se refiere Jesús a ellos en distintos momentos y porque la Iglesia los describe como seres espirituales, no corporales, como enseña unánimemente la Sagrada Escritura y la Tradición. Son criaturas personales e inmortales, dotadas de inteligencia y voluntad, que superan en perfección a todos los seres visibles.

La fe católica y la aceptación de la Biblia conducen de modo necesario a considerar a las criaturas angélicas como otra más de las obras de Dios. Los ángeles se encuentran presentes de tal modo en la historia de la relación de los hombres con Dios, que si negáramos su existencia nada de esa relación se podría sostener. Aparecen, de hecho, junto al hombre con toda naturalidad, como un elemento más de esa existencia sobrenatural y trascendente, que nos ha sido revelada. Y su presencia es habitual: unos personajes espirituales, según se desprende de su comportamiento –no están sujetos a las leyes físicas como el hombre– que, en ocasiones, se designan por su nombre propio, como es el caso de Miguel, Gabriel y Rafael. Los vemos al comienzo de la historia de la salvación, en el Paraíso, y en otros numerosos momentos de esa historia, casi siempre como mensajeros de Dios. Especialmente significativo, en este sentido, es el anuncio de la Encarnación del Hijo de Dios a María, por medio del arcángel Gabriel, con lo que dio comienzo la singular y salvadora presencia de Dios en el mundo.

El mismo Jesucristo habla de ellos varias veces. Por ejemplo, cuando se refiere al fin del mundo: Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria

acompañado de todos sus ángeles... Pero antes habían aparecido ya en gran número con ocasión de su nacimiento, anunciando el hecho a los pastores de Belén; le sirvieron en el desierto después de su ayuno y de haber sido tentado por el diablo; un ángel le confotará en la agonía de Getsemaní; están presentes junto al sepulcro de Cristo resucitado; cuando ascendió finalmente a los cielos, hacen caer a sus discípulos en la cuenta de la realidad que vivían, para que comenzarán sin más dilación la extensión del Evangelio.

Los ángeles son criaturas espirituales que glorifican a Dios sin cesar y que sirven a sus designios salvíficos con las otras criaturas, declara el "Catecismo de la Iglesia Católica". Los ángeles cooperan en toda obra buena que hacemos, afirma santo Tomás de Aquino. Y el propio "Catecismo": Los ángeles rodean a Cristo, su Señor. Le sirven particularmente en el cumplimiento de su misión salvífica para con los hombres y la Iglesia venera a los ángeles que la ayudan en su peregrinar terrestre y protegen a todo ser humano. Respetar las leyes inscritas en la creación y las relaciones que derivan de la naturaleza de las cosas es un principio de sabiduría y un fundamento de la moral. Si no mantuviéramos con segura certeza la existencia de los ángeles, ya que aparecen como otra más de las verdades reveladas, estaríamos negando la razón de credibilidad en la fe, que no es verdadera y cierta por ser razonable, sino por la autoridad infalible de Dios que revela.

La Iglesia habla asimismo de la existencia de los demonios, que son ángeles caídos por haber rechazado libremente servir a Dios y su designio. Su opción contra Dios es definitiva. Intentan asociar al hombre en su rebelión contra Dios,

como afirma el "Catecismo de la Iglesia Católica", y repetidamente han recordado los últimos Romanos Pontífices: que es un ser personal que induce a los hombres a separarse de Dios.

La fiesta de los tres arcángeles que hoy celebramos, debe ser una buena ocasión para que fomentemos más el trato con estos espíritu celestiales. Los ángeles custodios están junto cada uno para asistirnos en nuestro camino hasta la casa del Cielo. No queramos menospreciar a ese príncipe del Paraíso, que desea colaborar con nuestras fuerzas, mientras deseamos ser cada día más agradables a Dios. San Josemaría nos recuerda uno de tantos detalles, recogidos en la Escritura, de natural familiaridad de los primeros fieles con sus ángeles:

Bebe en la fuente clara de los "Hechos de los Apóstoles": en el capítulo XII, Pedro, por ministerio de Angeles libre de la cárcel, se encamina a casa de la madre de Marcos. —No quieren creer a la criadita, que afirma que está Pedro a la puerta. "Angelus ejus est!" —¡será su Angel!, decían. —Mira con qué confianza trataban a sus Custodios los primeros cristianos. —¿Y tú?

Entre muchos otros piropos, dedicamos a nuestra Madre del Cielo el de Reina de los Ángeles. A Ella suplicamos confiadamente que nos recuerde, siempre que sea preciso, que contamos para nuestro bien con la poderosa y amable asistencia de nuestro ángel.

30 septiembre 2007
Lc 16,19-31

En este relato, que solo nos cuenta Lucas, Jesús se dirige todavía a los fariseos como representantes de aquellos que aman el dinero *(Luk 16,14 Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos, que eran amigos del dinero, y se burlaban de él*); y además pensaban justificarse ante Dios y ante los hombres mediante el cumplimiento estricto de la Ley.

(Luk 11,37-44 Mientras hablaba, un fariseo le rogó que fuera a comer con él; entrando, pues, se puso a la mesa. (38) Pero el fariseo se quedó admirado viendo que había omitido las abluciones antes de comer. (39) Pero el Señor le dijo: «¡Bien! Vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. (40) ¡Insensatos! el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior…»)

La parábola tiene dos partes:
1. (Lc 16,19-26) El cambio de situación que se opera entre los hombres después de esta vida.
2. (Lc 16,27-31) Se insiste en que la Escritura, de la que los fariseos eran considerados expertos, es el camino más seguro para la conversión.

(19) «Era un hombre rico que vestía de púrpura» Vestiduras de lana teñidas con púrpura de Tiro *«y lino»,* Ropas interiores finas de Egipto, la mayor parte de los intérpretes explican el byssus por lino muy fino, que se vendía a peso de oro. *«y celebraba todos los días espléndidas fiestas*». Un rico que se goza en su fortuna.

(20a) «Y uno pobre, llamado Lázaro», (del heb. «'El'azar»: «Dios ha socorrido» Eliezer), El único caso en que a un personaje de una parábola se le asigna nombre propio, por esta razón es sospechoso, tal vez evoca a Lázaro de Betania, cuya resurrección de entre los muertos no logró convencer a los fariseos de la

mesianidad de Jesús (*Joh 11,1-44 Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. (2) María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo.*

«un pobre»: Todo terrateniente judío era en realidad un rentero de Yahvé *(Lev 25,23 La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes)* y por ello estaba obligado a pagar «impuestos» a los representantes de Dios, los pobres, para compartir con ellos la tierra en forma de limosnas (*Isa 58,7 ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes?*).

(20b) que, echado junto a su portal, cubierto de llagas (21) deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas.
«los perros» Los perros del amo podían comer los trozos de pan con que aquél limpiaba los platos o sus manos y que luego arrojaba debajo de la mesa; Lázaro hubiera deseado comer siquiera esta clase de alimento.

(22) Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. (23) «Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.
«seno de Abraham» La imagen puede expresar el banquete escatológico o una comunión íntima con Abraham. Lugar que había destinado para el descanso de las almas de los justos, hasta que Jesucristo triunfando de la muerte, los llevó consigo a gozar de la eterna bienaventuranza.
«en el Hades»: Infierno, seol, morada de los muertos.

En la descripción del más allá, Lucas utiliza las imágenes de su tiempo (seno de Abraham, el abismo) y no pretenden darnos una geografía del más allá sino manifestar la justicia de Dios sobre el conjunto de la vida humana.

(*24) « Y, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.” (25) Pero Abraham le dijo: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. (26) Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros.”»*

Pero, ¿porque se le condena al rico, y al pobre se le premia? Al rico no se le condena en general por su riqueza sino por el hecho de que no ha sabido recibir la vida como un don y no ha ofrecido su ayuda al pobre enfermo hambriento que se consume precisamente al lado de su puerta. No es pecado la riqueza tomada por si misma; pero es pecado la falta de solidaridad que divide a los hombres y consiente que los unos naden en abundancia mientras los otros se consuman en su mundo de hambre y miseria.

El que rico haya bajado al infierno (el Hades) significa que su vida ha terminado en el fracaso. (Se ha en serrado en sus intereses y en su riqueza de tal forma que al llegar ante la luz de Dios, que es don de amor, se encuentra inútil y vacío, condenado). En este aspecto, la condena no significa un castigo de Dios que se impone y dicta juicio arbitrario al final de nuestra vida; condena es el final del hombre que ha elegido una forma de existencia que es contraria al misterio de Dios y de la vida, (quedarse sin la gracia del amor de Dios que salva, quedarse sin encuentro de amor hacia los otros).

Del pobre se nos dice que fue al seno de Abraham, el pobre no se salva simplemente porque ha sido desgraciado sobre el mundo; se salva porque estaba abierto a Dios y deja que le influya la fuerza de su amor y de su gracia.

En todo este relato observamos la existencia de una escatología individual. No es necesario esperar hasta el final del mundo para

que se de el premio o permitir que se aplique el castigo, es la muerte la que nos lleva al seno prometido de la vida, o la muerte que nos hunde en el abismo del fracaso.

La segunda parte (Lc 16,27-31) Se insiste en que la Escritura, de la que los fariseos eran considerados expertos, es el camino más seguro para la conversión. Pero el hombre rico fue sordo a sus demandas. Su vida no estaba enraizada en la Palabra de Dios.

(27) «Replicó: "Con todo, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, (28) porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, y no vengan también ellos a este lugar de tormento." (29) Díjole Abraham: "Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan." (30) El dijo: "No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán." (31) Le contestó: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite."»

El rico ha perdido una oportunidad de conversión por no haber escuchado a Moisés y los profetas, donde habrían encontrado muchas demandas de solidaridad para con los pobres (Is 58,7).

El verso (31) *"Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite*."» viene no solo a subrayar que no basta el conocimiento de la Ley sino a enseñar además que los acontecimientos maravillosos, aún la misma resurrección de los muertos, no salva automáticamente al hombre.

Por lo tanto, esta parábola nos debe hacer pensar en poner atención de no caer en la siga indiferencia ante el pobre, el no compartir lo que tenemos con los más necesitado.

Cuidado con gastar de modo escandaloso mientras otros que están a nuestro lado no tengan para vivir dignamente, hay que tener los ojos muy abiertos a estas desigualdades, pero al dar no se trata de dar limosnas… sino atender necesidades.

Ojo con la riqueza, porque puede llevarnos a "cerrar el corazón a Dios" contentándonos con la felicidad de esta vida, y olvidarnos de

la vida eterna. O “cerrar el corazón a los demás” y no ver al pobre tendido delante de nuestra puerta.

El egoísmo, la seguridad, la irreligiosidad, la cerrazón de corazón puede acabarnos por hacernos incapaces de leer los signos de los tiempos. La muerte puede que no nos diga nada, ni la resurrección de un muerto, puede ser que perdamos el hábito de ver los signos que Dios que hace en la vida ordinaria.

Que el Señor nos libre de que ninguna riqueza (material, intelectual, espiritual, cierre nuestro corazón.